



*Norah Carter
Patrick Norton
Monika Hoff*

*¡Y tenía que ser
mi jefe!*

MPN
STORIES

libro 2

¡Y tenía que ser mi jefe! 2

Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff

Título: ¡Y tenía que ser mi jefe! 2

© 2016 Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Diciembre, 2016.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor

Capítulo 1

—Buenos días — empezó Peter, mirando a todos al frente —. Todos sabéis quién es. Para quien no lo sepa, su nombre es Alexia. No creo que tenga que dar muchas explicaciones sobre mi vida personal. Todos sabéis, además, que nunca lo hago. Hoy haré una excepción puesto que atañe a la empresa al completo. Alexia y yo hemos decidido volver. Nuestra vida privada no le interesa a nadie, repito, pero ella ha solicitado formar parte de la empresa y he creído necesario, para evitar rumores, que mis empleados sepan que, a partir de ahora, mi esposa será mi mano derecha en la dirección de este departamento. Tras llegar a un acuerdo entre ambos, Alexia comenzará hoy mismo a desempeñar su trabajo. Espero el respeto que se merece con su cargo y que todos

cooperemos.

En ese momento me miró a mí y yo bajé la vista para que no viera las lágrimas en mis ojos. Coloqué las manos debajo de la mesa, pues no dejaban de temblarme. Me sentía completamente sola y abandonada.

— Eso es todo, que tengáis un buen día.

Peter se levantó, esperó a su mujer y salieron de la sala. Mis compañeros los siguieron y yo me quedé allí, sentada, sin poder reaccionar. No me había gustado nada su forma de mirarme y aquel tono de ceremonia que había empleado para presentar a la que sería su nueva colaboradora.

Alexia... Su mujer... Sí, su mujer ahora se convertía en alguien que me vigilaría, que observaría de cerca cada uno de mis movimientos, que me impediría mantener un trato directo con quien creía que había sido el hombre de mis sueños.

¿Por qué, demonios, se comportaba así aquel hombre? ¿Por qué había hecho tal cosa? Me sentía engañada. Peter se había burlado de mí. Se había aprovechado de mí completamente. Lo peor de todo no es que pensara en que se había aprovechado de mi cuerpo, de mi manera de entregarme a él.

No. No era eso. Lo peor es que me había engañado con la intención de herirme profundamente. Me había hecho creer en unos sentimientos de afecto hacia él que de repente se volatilizaron.

—Vamos, Davinia, ya se fueron todos — dijo Manuel al ver que era incapaz de reaccionar y levantarme.

—Ve, ahora voy yo — respondí sin poder alzar la vista del suelo y con un dolor en el corazón lleno de rabia y decepción.

—Está bien, pero si me necesitas, solo tienes que avisarme— respondió sabiendo que algo había sucedido entre el señor Evans y yo.

Me quedé un rato sentada en aquella silla hasta que vino la secretaria y me dijo que tenía que abandonar aquella sala. Aquella reunión había sido una derrota para mí. Me arrastré hasta mi despacho y allí me encontré a mis compañeros. Parece que Manuel ya les había dicho algo a Desirée y a Natalia, pues se mostraron enseguida muy preocupadas cuando entré por la puerta.

—¿Qué ha pasado, Davinia? — preguntó Naty.

—Nada. No me encuentro bien. Nada bien — dije yo con un tono lastimoso.

—No me lo creo. ¿Te has visto en el espejo? Parece que vienes de un entierro — añadió Desirée.

—Dejadla tranquila, chicas. No os metáis donde nadie os llama — intervino Manuel intentando evitar que me hundiera allí mismo.

—Solamente queremos ayudarte, Davinia. Nos preocupa verte así. ¿Ha habido algo entre vosotros, verdad? — preguntó Natalia de buena fe, con intención de que yo me desahogara y explicara todo.

—No sé por dónde empezar — dije yo acongojada.

—Lo importante ahora es que te tranquilices y, si quieres contarnos algo, te escucharemos — añadió Desirée con voz dulce.

—No tengo ganas de hablar, pero la vida a veces es una putada. No sé si voy a poder con esta carga — dije yo titubeando, pues las lágrimas y unas ganas terribles de llorar me impedían expresar con claridad lo que sentía en aquellos momentos.

—Entiendo lo que dices, Davinia. No sé lo que ha pasado entre el Sr. Evans y tú. Pero mi olfato me dice que la llegada de Alexia te ha dejado K.O., ¿me equivoco? — dijo Natalia acercándose a mí para darme un abrazo.

Desirée hizo lo mismo a continuación y las tres hicimos un breve círculo. Me decían todo tipo de cosas cariñosas y yo lloraba con más fuerza. Necesitaba sacar el dolor que tenía dentro, pero aquel no era el momento. Me acariciaban las mejillas, me secaban las lágrimas y al final, por iniciativa de Natalia, las tres nos fundimos en un abrazo.

Manuel seguía delante del ordenador, pero pude observar que sus ojos estaban vidriosos. Sé que a mis compañeros sinceramente no les gustaba verme en aquel estado.

—Todo se solucionará, ¿me oyes? — dijo Desirée.

—Nosotras siempre tratamos de facilitar las cosas y, si necesitas estar más relajada estos próximos días, Manuel y yo nos haremos cargo de tus informes — apuntó Natalia con una sonrisa amable en el rostro.

—Gracias, chicas, os lo agradezco. Pero ahora lo que necesito es volcarme en el trabajo — dije yo con el corazón encogido.

—Respetamos que no nos quieras contar nada — dijo Desirée con un tono serio.

—No puedo ni debo. Siento decirlo. Pero estoy muy confundida y lo que necesito ahora mismo es respirar hondo, relajarme y reflexionar — dije yo mucho más calmada.

—Pobre ... — soltó Natalia.

—Sí, será mejor que volvamos al trabajo. Ya sabes, Davinia, no trates de hacerte la valiente. Si necesitas marcharte, nosotras nos encargamos de todo. Manuel, además, es un máquina con la redacción de informes — dijo Desirée esbozando una leve sonrisa de complicidad.

—Hazle caso a las chicas, Davinia. Podemos hacer tu trabajo hoy y mañana vuelves con energías renovadas — propuso Manuel con aire paternal.

—Os lo agradezco, pero soy una profesional. Y el trabajo es el trabajo. No voy a poner en riesgo mi puesto por memeces —añadí yo con un aire resuelto, con menos ansiedad.

Se hizo un silencio y todos nos pusimos a trabajar. Pese a ir a un buen ritmo, con la jubilación de la anterior compañera y mi ausencia durante el viaje a Tailandia, algunos presupuestos, cartas e informes se habían retrasado.

En mi interior, estaba dolida. Sentía que había sido humillada en público, aunque bien es cierto que ni siquiera mis compañeros sabían qué había sucedido realmente entre Peter y yo.

Se lo podían imaginar como se lo imaginaba aquella secretaria con cara de perro que me pidió que abandonara la sala. Tuvo que ver en mi rostro los síntomas del desamor. Sé que, por las oficinas, circulaban toda clase de rumores. En El Heraldó también sucedía lo mismo.

Allí a veces era más difícil sobrellevar un problema, pues todos trabajábamos en la misma planta y no había división por departamentos, ni tabiques, ni pasillos, ni nada por el estilo como aquí, en el Diario Sol. Agradecí que esto me hubiera sucedido en este trabajo porque mis compañeros eran pocos y se llevaban muy bien.

Lo que encontré en ellos, además de una gran profesionalidad, fue cercanía y una preocupación hacia mí que no habría encontrado en El Heraldó, donde allí cada uno iba a lo suyo y a joder al compañero cuando era posible.

A los veinte minutos de ponernos con las nuevas campañas, Natalia no se resistió a hablar en voz alta.

—No me puedo creer que esa tía vaya a mandar sobre nosotros.

—¿De quién hablas? — preguntó Manuel.

—Hijo, parece que seas tonto a veces y perdona que te lo diga — contestó Natalia enfadada.

—Se refiere a Alexia, a la mujer del jefe — dijo Desirée.

—A mí no me sorprende — dijo Manuel.

—¿Por qué no te sorprende? Vamos a ver, listillo. Dame una explicación — dijo Naty con cara de pocos amigos.

—No tengo una respuesta. Pero en otras empresas en las que trabajé, antes de llegar aquí, se movían muchos intereses. Muchos. Elegían y cesaban directivos a decenas. Y aquí sucederá algo parecido —dijo Manuel con voz segura mirando a Naty.

—Eso no es una respuesta, Manuel. Eso no es una respuesta — repitió Natalia sin desprenderse de su tono de enfado.

—Tiene que haber una razón poderosa para que ella vuelva a la empresa — dijo Desirée, creando una atmósfera de intriga.

—No preguntas nada, Davinia — dijo Manuel sonriendo.

—No. Prefiero no saber nada. Os lo agradezco. Pero creo que debemos acabar con estas campañas cuanto antes — repuse yo como la buena chica que era.

—Tienes razón, Desirée. Debe haber algún motivo más que importante para que, después de lo que pasó, el Sr. Evans permita que ella regrese — dijo Natalia con seriedad, arrugando las cejas.

—Sí, en efecto. No me gusta el rumbo que van a tomar las cosas. Y te lo digo en serio — dijo Desirée.

—¿Qué pasó? — interrumpí intrigada, deseosa de tener la máxima información posible.

—Acabáramos. Ahora despierta nuestra querida Davinia. ¿Quieres saber lo que pasó? — dijo Natalia con sorna.

—No te pongas borde. La chica lo está pasando mal — intervino Manuel.

—Lo que no entendemos, Davinia, es el motivo de que esa mujer haya vuelto a la empresa y a la vida del Sr. Evans. Porque esa mujer le puso los cuernos a tu jefe, a nuestro jefe. Aunque parezca mentira, Alexia se permitió el lujo de serle infiel a ese tío bueno, sacado de un anuncio de Hugo Boss —explicó Desirée.

—Me dejáis sin palabras —comenté yo.

—Los rumores incendiaron todos los despachos y departamentos —añadió Naty con un aire peliculero.

—Pero, ¿qué sucedió en realidad? — pregunté con intención de buscar respuestas que me permitieran entender el extraño comportamiento de Peter.

—Nunca supimos nada. Se dijo de todo — intervino Manuel.

—El caso es que esa bruja está en la empresa y va a vigilar cada uno de nuestros movimientos — dijo Natalia.

—¿Tú crees? — pregunté yo.

—Sí. Las cosas van a cambiar. Pero no hay de qué preocuparse. Siempre que hagamos nuestro trabajo como hasta ahora y el periódico siga teniendo clientes, no habrá ningún problema. Además, en Tailandia se firmaron importantes acuerdos, me han dicho desde Administración — razonó Manuel con su seriedad acostumbrada.

—Sí. El viaje fue un éxito — al escuchar Tailandia me encogí y quise seguir hablando, pero un nudo en la garganta me lo impidió.

Mis compañeros se dieron cuenta y volvieron al trabajo. Yo lo agradecí. El tiempo, a diferencia de otros días, no pasaba rápido. A mediodía fui a la cafetería con Manuel, pero no probé bocado. Estaba triste y tenía el estómago completamente cerrado.

—Tienes que comer, Davinia.

—No puedo, Manuel.

—No soy ningún cotilla, pero sé que algo no va bien en esa cabecita. Debes olvidarlo.

—¿El qué? —pregunté espontáneamente.

—Esa no es la pregunta, sino ¿a quién? ¿Tú me entiendes, verdad?

—Te entiendo, Manuel. Te entiendo. Me arrepiento de haber escogido este trabajo. No sé si he hecho bien — dije afligida pinchando en el plato un trozo de carne que no me entraba por los ojos.

—No digas tonterías. He trabajado en decenas de periódicos y revistas de todo el país. Y he luchado mucho para llegar hasta aquí. Tú has trabajado solamente en El Herald. Este periódico, el Sol, es un don del cielo comparado con todo lo que hay por ahí. Ni te lo pienses — me animó con aquellas frases rotundas mi compañero.

—Te agradezco lo que me dices. Lo he dicho sin pensar.

—Mira, no sé qué juego os lleváis tú y el Sr. Evans, pero no quiero verte así, ¿me has oído, Davinia?

Me bebí un zumo porque Manuel me obligó y volvimos al despacho. Natalia y Desirée ya estaban preparando rotulaciones y tipografías. El periódico quería realizar un reportaje sobre los niños soldado en Sudán que se publicaría en dos semanas. Yo seguí con mis correos y atendiendo llamadas de clientes hasta que terminó el turno.

De camino a casa, sin que nadie me acompañara, le fui dando vueltas a la cabeza. En mi imaginación, intentaba cambiar las cosas que sucedieron en Tailandia, pero era inútil. Sucedió. Sucedió que él me amaba. Yo era lo más importante para él y Peter también lo era para mí.

Pero fue todo una mentira.

Me detuve en un supermercado 24 horas y compré unas ensaladas que no pensaba probar. No tenía hambre. Solamente tenía ganas de llorar. Nunca había sentido un dolor tan áspero y cruel en mi corazón.

Cuando rompí con Richard y Javier, respiré. Fue un alivio. Ahora todo era diferente. Cuando supe por boca del propio Peter que Alexia y él habían vuelto, desperté del sueño. Supe entonces que nuestro romance había sido un sueño y que ahora regresaba a la jodida realidad a pelear de nuevo, como había hecho siempre.

Llegué a casa, encendí el televisor. No daban nada interesante y, si lo daban, me importaba un comino. Comencé a llorar, mientras una tipa con un top ajustado y enseñando un canalillo que parecía el Cañón del Colorado hablaba sin cesar sobre apuestas y más apuestas a una ruleta que giraba sin cesar.

Yo la miré a los ojos y no quise ser como esa mujer, como esa pobre chica que tenía que trabajar como una presentadora de tres al cuarto, enseñando muslos y tetas. Yo no quería ser azafata, ni presentadora, ni dependienta, trabajos todos muy dignos, pero yo era periodista y una buena profesional en publicidad a la que todavía no la habían dado la oportunidad de demostrarlo.

El Diario Sol era lo mejor que me podía haber pasado en la vida. Manuel tenía razón. Me levanté y fui a mi habitación, y me miré en el espejo de mi armario ropero.

Era una mujer fantástica. Yo era esa mujer fantástica que se reflejaba en el cristal. Me lo repetí varias veces y entonces me puse una de mis canciones favoritas, mientras la televisión del comedor seguía encendida con aquella muchacha, vestida de prostituta de lujo, anunciando en voz alta los números de la ruleta. En mi habitación sonaba Antonio Orozco:

*Buscaré y descubriré
tus maneras de actuar,
contaré los llantos
los llantos de mi alma y su mar.*

*Buscaré y descubriré
tus maneras de soñar,
sentiré que el miedo me mata
y el celo me espanta sin más.*

Ya no quise llorar. Ya no quise romperme en mil pedazos como lo había hecho por la mañana y por la tarde. Ahora este imbécil se iba a enterar de quién era Davinia. Tenía que coger el toro por los cuernos, tenía que caminar con paso firme y la cabeza bien alta.

El mundo no me iba a comer. Yo me iba a comer al mundo. Y me llené de energía y me acosté en mi cama, porque era mi cama y mi casa. Y nadie me había regalado nada. Seguí escuchando a Antonio Orozco y me olvidé de Peter y de Alexia, y de la pobre chica de talla 100 que no paraba de animar al espectador a que apostara.

Capítulo 2

Respiro profundamente antes de entrar en la oficina. Después de todo lo que había pasado el día anterior y de las pocas horas de sueño que había tenido, necesitaba de toda mi fuerza de voluntad para volver a poner un pie allí. Pero el dolor ayudaba a que no me viniera abajo, si él pensaba que yo era una mosquita muerta más, no me conocía. Iba a conocer otra faceta de Davinia.

Saludé a mis compañeros como siempre y me senté dispuesta a ponerme a trabajar sin descanso, así el día se pasaría más rápidamente.

La mañana estaba tranquila, todos ocupados y apenas teníamos tiempo de intercambiar ninguna palabra, no había visto entrar a Peter ni a su mujer, estarían allí de antes o no habrían venido, no lo sabía, así que pude estar un poco más relajada.

Pero la tranquilidad duró poco, un rato después, escuché vi cómo alguien se paraba delante de mi mesa. Levanté la mirada y enarqué las cejas a modo de pregunta. Intenté que mi expresión no demostrara cuánto me extrañaba ver ahí parada, frente a mí, a Alexia, la mujer de Peter.

— Davinia, ¿verdad? — preguntó con altanería, como si le molestara pronunciar mi nombre.

— Sí.

— Necesito un informe completo sobre nuestros nuevos clientes de Tailandia. Quiero todo con detalles, si uno pestañeó demasiado antes de firmar, también quiero saberlo. Lo quiero completo y lo quiero antes de que te marches.

Me quedé mirándola pensando en si mandarla a tomar por culo o tirarle la grapadora en la cabeza. Todo lo que tenía de guapa, lo tenía de víbora al parecer.

— ¿Me has escuchado? — se cruzó de brazos.

— Aha... — asentí con la cabeza.

— ¿Y no respondes a lo que te estoy diciendo?

— ¿Qué debo responderle, señora Evans? Es mi trabajo, usted mi superior, ha venido a darme una orden y yo cumpliré con mi trabajo. ¿Algo más? — pregunté borde.

Escuché a mis compañeros toser, no sabía si para advertirme o para aguantarse la risa.

— ¿Ese es el trato que les das a tus jefes, Davinia?

— ¿Alguna cosa más, señora? — terminé la pregunta casi escupiendo la última palabra.

— Sí, te estás jugando tu puesto de trabajo.

— Si no desea nada más, me pondré con el informe. Hasta entonces...

Fue una clara manera de echarla de mi lado y sabía que me estaba jugando más que el puesto de trabajo, pero me daba igual.

Levantó la cabeza y se marchó, no sin antes mirarme detenidamente, estuve a punto de liar la cosa más y preguntarle si tenía monos en la cara o me había maquillado mal ese día o lo primero que se me pasara por la cabeza, pero suspiré al ver que se marchó, no muy contenta, eso seguro.

Y resoplé al ver cómo corrían mis tres compañeros hacia mi mesa.

— Eh — les señalé con las manos — , tengo un informe que entregar, dejadme trabajar.

— Oh, Dios, no puedo creer lo que has hecho — dijo Natalia con la boca abierta.

— Joder, y parecía tonta la muchacha — dijo Desirée.

— Que no sea como vosotras de lengua larga, no significa que sea idiota — intentó ayudar Manuel, aunque ni yo supe si eso me ayudaba mucho.

— Cállate — le dijeron las dos a la vez.

— Vosotros, mosqueteros, dejadme currar — les advertí de nuevo.

— Nos tienes que contar todo — advirtió Naty.

— Sí, en otro momento — acepté para quitármelos de encima.

— ¿La viste? Parecía que iba a empezar a echar humo por la cabeza, como si fuera una olla exprés a punto de explotar — rio Desirée.

— No me dio tiempo a sacarle una foto — rio Naty —, pero no olvidaré esa cara en mi vida.

— Aunque esté en juego tu trabajo, se lo merecía — Manuel me guiñó un ojo.

— Gracias, chicos, pero, ¿me dejáis trabajar? Tengo un informe que entregarle.

— Sí, vale, pero a la salida nos cuentas todo. Yo no aguantaré mucho con la intriga — dijo Naty.

Se marcharon cuando les dije que sí, ni yo sabía a qué estaba diciendo que sí, si todos habían escuchado la conversación, ¿qué más les iba a contar?

De Peter absolutamente nada, por más que intentaran sonsacarme, por ahí no iba a pasar.

No habían pasado ni cinco minutos cuando la secretaria de Peter me llamó para decirme que el jefe quería verme en su despacho. Colgué el teléfono y me levanté.

— Oh, mierda, eso me suena a bronca — dijo Naty.

Me encogí de hombros, poco me importaba si era así.

Llamé a la puerta y entré después de escuchar su adelanto. Él estaba sentado detrás de su escritorio, se echó para atrás en el sillón y me miró, ella de pie, al lado de él y con una mano en su hombro. Dejé que la puerta se cerrara sola después de darle un poco con la mano y me acerqué a ellos.

— Toma asiento, Davinia — me pidió él, señalando la silla.

— No — respondí escuetamente.

— ¿No te enseñaron educación en la escuela? — preguntó ella.

— ¿Deseaba algo, Señor Evans? — pregunté mirándolo e ignorándola.

— Pensé que ayer, en la reunión, quedó todo claro. Parece ser que no fue así. ¿Tienes alguna duda? — preguntó él, serio.

— Ninguna, señor. Todo está perfectamente claro.

— Eso espero, pero te lo volveré a repetir. Alexia es mi mano derecha, se le debe el mismo respeto que se me pueda dar a mí. No voy a permitir un trato diferente u hostil hacia ella por ningún subordinado.

— Sí, señor.

— ¿Estás entendiéndome?

— Perfectamente.

— Entonces te pido que le des una disculpa.

La miré, llevaba puesta en sus labios una gran sonrisa, como la del gato que se ha comido al ratón y se ha quedado satisfecho.

— Creo que se equivoca, señor — dije mirándolo nuevamente a él.

— ¿Perdón?

— Las disculpas se piden cuando se le ha faltado al respeto a alguien. Y créame que yo no lo he hecho. Simplemente le he contestado como se merece. Porque no sé si sabe — dije evitando que ella hablara —, que el respeto también hay que merecérselo, y eso, señora — la miré a ella —, no lo da un cargo en una empresa.

— Estás insultándome de nuevo — dijo ella apretando los dientes y la mano que mantenía en el hombro de él.

— ¿Sabe? Creo que no. Que yo sepa la trato de usted y quizás ni eso se merece. Si quiere un

trato educado, señora, empiece usted por darlo — lo miré de nuevo a él —. ¿Algo más, señor?

— Davinia, te estás pasando...

— No debería tutearme, ser su empleada no le da ningún derecho pero si se siente más cómodo, no tengo ningún problema en que lo haga. Pero con usted sí que lo tengo — dije mirándola fugazmente —. Y ahora, si eso es todo, tengo trabajo por hacer.

Salí de la oficina dando un pequeño portazo. Temblaba por dentro de la rabia que tenía porque encima de todo, él la había defendido. No podía creerme que me hubiera llamado para que me disculpara con su mujer. ¿Se podía ser más cínico?

Entré al baño y me eché un poco de agua fría en la nuca antes de volver a sentarme en mi mesa.

— ¿Qué ha pasado? — preguntaron a la vez mis tres compañeros cuando volví a mi lugar de trabajo y corrieron hacia mi mesa — ¿Te han echado?

— No. Nada.

— Venga, Davinia, por algo te ha llamado — dijo Naty.

— Y estás blanca, parece que has visto a un fantasma — dijo Manuel.

— Fantasma no, pero que la tía da miedo, da, yo diría que más bien es como un zombie — dijo Desirée.

— Así no ayudamos — siguió Manuel —. Mira, Davinia, sé que aún no confías en nosotros...

— No es eso — les dije.

— Pero no somos tontos — siguió Naty —, no hace falta que se cuenten las cosas. Cuando el río suena...

— Te vendría bien desahogarte — continuó Desirée —. Confía en nosotros, de aquí no saldrá y te ayudaremos contra la víbora reina.

— Chicos, de verdad, os lo agradezco pero no ha pasado nada.

En ese momento apareció Peter y todos corrieron a su silla. Se me quedó mirando unos segundos y yo, sin amedrentarme, levanté la cabeza, más chula que nadie.

— Davinia, a mi despacho — dijo.

— Lo siento, señor, tengo trabajo y poco tiempo para entregarlo. Además creo que está todo claro, vengo de su despacho, por si no lo recuerda.

Se agachó y puso las palmas de las manos en mi mesa, quedando con la cara frente a mí.

— Por esta vez va a pasar que, cuando te dé una orden, tengas si quiera el derecho a réplica. Pero a la próxima, te juegas tu puesto de trabajo.

— Está por verse si no se lo jugó ya — dijo su mujer, apareciendo a su lado.

— Si no les importa, tengo mucho que hacer. Buen día — los ignoré por completo y me puse a trabajar.

Unos segundos después ambos se marcharon.

Miré a mis compañeros y vi cómo seguían con los ojos abiertos de par en par. Sonreí un poco y me puse a prepararle el informe a la señora Evans. Antes de irme, como aun no habían vuelto, se lo dejé a la secretaria de él y me hice la remolona para salir un poco más tarde y no tener que encontrarme con los tres mosqueteros.

Llegué a casa y ni siquiera comí. Estaba muy enfadada y lloré de la misma impotencia por no haberles soltado todo lo que realmente pensaba de ellos. Me daba igual si me quedaba sin trabajo, mi orgullo lo habían pisoteado y no una, si no varias veces y yo no pensaba quedarme ni callada ni de brazos cruzados.

Apagué el móvil e intenté pasar el día lo mejor que pude hasta quedarme dormida. Pero algo tenía claro, no iba a cambiar, la Davinia guerrera era lo que iban a ver a partir de ahora. Y si eso significaba que me echaran... Adiós y muy buenas.

Capítulo 3

Estaba sobrepasada por toda aquella situación así que ese día iba guerrera para el diario, ya hasta me importaba un bledo salir despedida de aquel periódico, pero mi actitud a partir de esos momentos iba a ser muy diferente, para mi Peter iba a pagar lo que me había hecho.

Llegué a mi despacho la primera y vi que tenía un email general de la empresa.

“Os informamos que el próximo Sábado tendremos la cena de gala anual en la finca Breicor, se ruega la asistencia de toda la plantilla, el acto comenzará a las 21 horas.”

Me entró más rabia aún, encima era asistencia obligatoria, parecía que el destino se había puesto en mi contra para joderme en todos los sentidos, pero ahí estaría yo, con el corazón roto pero la frente muy levantada.

Llegaron mis compañeros y les comenté lo de la fiesta, ellos sabían que estaba al caer, al igual que sabían que yo no estaba de ánimo para nada.

—¿Piensas ir? — preguntó triste Manuel al saber que yo no estaba bien.

—El mail deja entrever que es obligatorio...

—Ya, siempre lo es, al igual que tienes la posibilidad de ponerte mala... — dijo Manuel intuyendo que algo pasó entre Peter y yo, pero que tendría la posibilidad de evitar esa cena.

—Iré, por supuesto que iré, si quieren fiesta, la tendrán...

—Eso ha sonado a que tienes alguna carta bajo la manga — soltó Natalia.

—No tengo ninguna carta, pero si mi conciencia bien limpia cosa que otros no creo — solté sin pensar que eso les haría dudar aún más.

—No quiero ni imaginar que pasaría entre ustedes — dijo Desirée.

Ignoré una vez más ese comentario aunque sabía que ellos lo sabían perfectamente de que algo había pasado entre nosotros dos, sentía mucha rabia y me daban gritarlo a los cuatro vientos pero estaba claro que me iba a tomar mi venganza de la forma más elegante posible, pero me estaba envenenando a mí misma y no pensaba parar quieta.

Me puse muy nerviosa ya que era viernes y al día siguiente sería esa cena, para colmo vendrían muchos jefes de empresas muy importantes a nivel internacional, yo como parte de publicidad tendría que estar allí poniendo la mejor de mis sonrisas, pero era evidentemente que a él no le pondría ni la más mínima.

Salí del trabajo y me fui a comer por ahí, quería ir a comprar algo de ropa para esta cena, así que después de comer una triste tapa ya que no me entraba más nada, me metí en una tienda del centro comercial y me compré un traje de color rosa pastel con unos zapatos en el mismo color, el traje era una cucada y me quedaba genial, aproveché para llamar a la peluquería para que me diesen cita para la mañana siguiente, estaba dolorida pero pensaba ir brillante.

Me metí en casa y no podía quitarme la tristeza de encima, me tiré en el sofá a ver un documental y quedé dormida allí mismo, por la mañana me levanté y salí pitando para la peluquería, me degradaron un poco más la melena y me peinaron con el pelo suelto.

Volví a casa y al ver el traje que estaba colgado en la puerta de mi dormitorio, comencé a llorar, tenía los sentimientos a flor de piel y no comprendía ese cambio tan repentino en Peter, ni esa vuelta, apenas sabía yo tampoco sobre su matrimonio, la cabeza me va a estallar de pensar tantas cosas.

A la hora de salir hacia la cena llamé a un taxi, hacía tiempo que no sacaba mi coche del garaje pues iba a trabajar en metro y ahora a la cena pasaba de cogerlo ya que si bebía tendría problemas para volver en él.

Iba atacada de los nervios, el taxista me tenía majara perdida, no paraba de charlar y yo estaba en otro mundo...

Llegué a la fiesta y en la puerta estaba Manuel, parecía que me estaba esperando, sabía que yo no estaba bien y el que siempre era tan correcto quería que no entrase sola a la gala.

—Estás preciosa — dijo mientras me daba dos besos.

—Estoy que me va a dar algo, Manuel.

—Me lo imagino, sé que algo gordo debió de pasar entre ustedes y no me importa que no me lo cuenten, pero puedes confiar en mí y quedarte tranquila que estaré para apoyarte.

—Gracias, saldré de esto, pero necesito mi tiempo.

—Tranquila, vamos adentro, allí están las dos petardas, en el fondo son muy buenas personas y nunca harían nada para ofenderte, pero le gustan mucho pinchar...

—Lo sé, no te preocupes....

Entramos y nos sentamos en la mesa que ya nos estaban esperando Desirée y Natalia, esta vez me sorprendió que se levantaron y me dieron un abrazo, además de que me echaron 1000 piropos.

Un rato después cuando ya estaba la sala completa de gente entraron el señor gilipollas y su mujer la estúpida, que parecía un pavo real, tan azul y verde llena de plumas.

Se subieron a un pequeño estrado donde había un micro y nos dieron la bienvenida a todos, a mí me daban ganas de levantarme y decirle que le buscara un estilista a su mujer que parecía sacada de un zoológico, pero evidentemente no podía hacer ese tipo de actos ya que me jugaba mi puesto de trabajo y quedar muy mal delante de todo el mundo, aunque el puesto sabía que en cualquier momento lo iba a perder porque a partir de estos momentos ya había decidido que iba a tener una guerra contra el señor Evans pero en toda regla.

Vi que mientras hablaba me miraba varias veces, yo le echaba una mirada de maldición tremenda, vamos que tuvo que ver que mi mala leche salía por los cuatro costados.

Comenzó la cena, Natalia y Desirée no paraban de bromear sobre el vestido que llevaba la mujer de Peter, estábamos los cuatro juntos en la mesa solos, en el salón debía de haber como trescientas personas de mucha elegancia y estilo cosa que denotaba el nivel adquisitivo que poseían los que tenían contratado la publicidad a través de nuestro periódico.

Después de una cena en la que debo de reconocer que me harté de reír con mis compañeras nos levantamos y nos fuimos a pedir unas copas, ya se estaba levantando todo el mundo para empezar la fiesta.

Fuimos hasta la barra y cuando me di cuenta estaba a punto de caer de boca pues me había tropezado con una pierna que sin querer había puesto una zancadilla, con tan buena suerte que justo cuando fui a caer esa persona me agarró y evito que pasarse la vergüenza de mi vida.

—Lo siento, señorita, no la vi — decía un guapo joven apuesto mientras me sujetaba entre sus brazos.

—No pasa nada, gracias por evitar la caída que hubiese sido risas para años.

—No, mujer, perdona de nuevo — decía sin soltarme y sin dejar de mirarme a los ojos.

—Pues gracias de nuevo.

—Me llamo Óscar.

—Encantada, soy Davinia — dije mientras le daba la mano y él se acercaba para darme dos besos.

—¿Trabajas en el periódico?

—Sí, soy nueva en el departamento publicitario — dije mientras veía que por atrás Natalia y Desirée me hacían señas de lo bueno que estaba Óscar, aunque ellas ya lo conocían.

—Entonces tendremos que hablar más a menudo, tengo mi empresa publicitada con ustedes.

—¿Qué empresa es?

—Cadena de hoteles rurales con encanto.

—Sí, claro, sé cual es “Sol—rural”.

—Exacto.

En ese momento se giró, saludo a las chicas y a Manuel, de paso nos presento a su socio Iker, nos propuso ponernos todos en un bidón de vinos que había a modo barra individual, así que aceptamos y nos acomodamos con ellos.

Todos pedimos Gin tonic y comenzamos una charla muy amena y divertida, Óscar tenía sus ojos clavados en mi, además lo hacía de forma muy seductora, a la vez que descarada, el tipo no se cortaba ni un pelo, parecía que me iba a dejar en pelotas en esos momentos ya que me estaba desnudando con la mirada.

Un rato después apareció Peter solo con una copa en las manos, su mujer no paraba de charlar en otra esquina con un grupo.

—Buenas noches, cuánta buena gente junta — dijo el cerdo haciéndose el gracioso.

Todos le contestaron y saludaron menos yo que lo mire de arriba abajo con cara de desprecio y asco.

—No sabía que tenías mujeres tan bonita dentro de tu empresa — dijo Óscar de forma descarada mirándome de arriba abajo ante los ojos de asombro de mi jefe.

—Sí, estoy muy bien rodeado — respondió Peter mirándome de arriba abajo.

Yo le eche una mirada de asco impresionante, tenías ganas de darle una bofetada allí en medio y dejarlo mirado pero tenía que aguantarme debido a que era mi jefe, ese jefe que no sabía que iba a durar como tal, pues sabía que por mi carácter y la rabia que tenía podía durarme poco el empleo, además que veía que su mujer no me podía ni ver, eso haría que hiciese presión para que me despidiese, pero realmente a estas alturas me daba igual, no pensaba echarle a ninguno de los dos ni una sonrisa, además lo de Óscar sabía que lo iba a poner un poco celoso y pensé que yo contribuiría a ello.

—Por cierto, Peter, la próxima vez que vaya por tu redacción a renovar o negociar contrato, quiero que me atienda ella — dijo esbozando una sonrisa.

—Veremos qué se puede hacer — dijo Peter como una sonrisa forzada.

—Ya te lo digo yo, cuando vayas a ir por la redacción, me avisas que me encargo de atenderte — respondí con aire chulesco.

—Te puedes jugar el puesto de trabajo — dijo Peter bromeando.

—Si la despides, la hago la directora de mi cadena de hoteles — dijo Óscar guiñándome el ojo.

—Ahí lo llevas, Sr Evans — solté bordemente dejándolo tirado.

—Me ha salido respondona — dijo con una risa fingida mirando hacia Óscar y señalándome a mí.

—Si tan mal os lleváis, estoy dispuesto a darle cargo en mi empresa ahora mismo — reiteró Óscar.

—No es necesario, por ahora funciona bien en mi empresa.

—De todas formas no me importaría escuchar una oferta, Sr. Óscar — dije de forma seria para joder un poco más a mi jefe.

—¿Tan mal estas en mi periódico? — preguntó de forma borde.

—Para nada, pero todo el mundo tiene derecho a hacer cambios en su vida si es para mejor, ¿no estás de acuerdo conmigo en eso, Sr. Evans? — dije de forma directa para que entendiese que él le había dejado todo por volver con su mujer.

—Tienes razón, siempre que sea un cambio que no haga arrepentirte — dijo el muy cabrón para joder aún más.

—Pues tenéis razón, lo mismo me llevo a esta preciosidad a mi empresa — volvió a decir Óscar ajeno a todo y pensando que estábamos de bromas

—Bueno, os dejo que tengo que atender a más invitados — dijo Peter cortante a la vez que se iba.

Noté en las caras de mis compis que estaban a punto de reventar a reír, yo también me aguante de hacerlo, por la cara de Peter vi que se fue bastante afectado, me había encantado vivir aquella situación ya que era la primera cachetada que se iba a llevar en la cara, pero evidentemente no iba a ser la primera, ya me encargaría yo de que se llevase alguna más.

Mis compis comenzaron a charlar con el socio de Óscar y yo me quedé con él en una charla un poco amor o seducción, él estaba muy seductor conmigo y yo me dejaba seducir ya que quería esa noche poner contra la pared Peter que sabía que nos estaba observando en todo momento.

Pasaban las horas y cada vez estábamos los dos más confidentes, incluso me quito el móvil y abrió la aplicación de Facebook y se añadió por toda la cara, cosa que sinceramente me encantó, si en otro momento hubiese conocido a Óscar no sabría que hubiese pasado, pero la verdad es que ahora aunque le sigues el juego, yo estaba muy afectada por mi jefe.

Un rato después Iker se despidió y se fue al igual que mis compañeros y nos quedamos Óscar y yo solos, ya me advirtió que luego su chofer lo recogería y me llevarían a mi casa, cosa que acepte encantada.

De repente comenzó a sonar una canción que a mí me encantaba y empecé a mover mi esqueleto,

Óscar me agarro y me llevo al centro del salón que estaba a modo pista.

La canción venía como anillo al dedo, vi como miraba Peter hacia nosotros, yo lo hacía peor, cantaba con más efectividad y bailaba como si se acabase ese día el mundo.

Óscar estaba hecho un gigoló, bailaba espectacularmente, me agarraba y soltabas de forma espectacular y yo me dejaba llevar ante la mirada atenta de mi jefe que debía estar subiéndose por las paredes y yo por lo contrario en la gloria de montar este espectáculo que sabía que tan mal le iba a sentar, cuando llegó el estribillo de la canción peor lo hice.

*Cómo te atreves a volver, oh.
A darle vida a lo que estaba muerto.
La soledad me había tratado bien.
Y no eres quien para exigir derechos.*

*Cómo te atreves a volver, oh.
Y a tus cenizas convertir en fuego.
Hoy mis mentiras veo caer.
Que no es verdad que te olvidé.
Cómo te atreves a volver.*

Ohhh... no, no, no.

*Por qué volviste si te vas a ir.
Tantas mentiras que al final no veo.
Nunca fui bueno para distinguir.
Al fin y al cabo siempre me las creo.*

Cuando terminó la canción nos fuimos a la barra, justo al lado donde estaba Peter, me puse hablar muy melosa con Óscar y notaba como él no dejaba de mirarme.

Un rato después le dije que estaba cansada, llamó a su chófer y me acercaron hasta mi casa; en la puerta le prometí, después de mucho insistir, que en esos días nos veríamos para ir a cenar juntos.

Subí a mi casa animada y contenta por la noche que le había hecho pasar al gilipollas de mi jefe, se lo tenía merecido, ese iba a ser el principio de una serie de guantadas sin manos que le pensaba dar.

Capítulo 4

Me desperté el domingo algo más tarde de lo normal y con un poco de resaca de la noche anterior aunque tampoco es que hubiera bebido demasiado. Tal vez sería por la presión o los nervios del encuentro en sí. Sonreí al pensar en Óscar, ese hombre me atraía de una manera exagerada, lo tenía todo, pero idiota de mí, eso no había menguado ni un ápice lo que sentía por Peter.

La sonrisa se me borró de la cara inmediatamente al leer el mensaje de WhatsApp que me acababa de llegar. Era de mi jefe.

“Espero que estés despertando sola.”

Mierda, ya me puso de mal humor. Dejé la taza de café a un lado y me dispuse a seguir en mi línea guerrera.

“Buenos días para usted también, Señor Evans, como me despierte no es problema suyo. Que pase un buen día con su esposa.”

Dejé el móvil en la mesa creyendo que con eso se habría dado por enterado, podía pensar lo que quisiese, pero a mí no me iba a amedrentar.

Lo que no imaginé es que eso se iba a convertir en una disputa a través de mensajes. No tardó en responder.

“Deberías de ser un poco más profesional.”

“¿Hice algo inadecuado, Señor?”

“Una trabajadora de mi empresa no debe tener relaciones personales con ninguno de nuestros clientes.”

“En todo caso no la tendría con SU cliente, señor, si no con Óscar, puesto que fuera del horario laboral, mi vida es asunto exclusivamente mío y no tengo que darle ningún tipo de explicaciones.”

“Davinia, no me toques las narices. Es cliente de la empresa así que olvida la relación personal de la que hablas.”

Vaya, se estaba empezando a calentar. Pues que ardiera si quería, yo no iba a quedarme callada.

“Le repito, lo que haga con mi vida, es MI problema.”

“Estás jugándote tu puesto de trabajo.”

“¿Sabe qué? Si antes me importaba poco quedarme de nuevo en el paro, ahora mismo, con una oferta en la cadena de hoteles, me importa una reverenda mierda. ¿Le ha quedado claro, señor, o se lo tengo que poner con luces de neón.”

Lo veía en línea pero no me contestaba, sonreí por mi victoria, si creía que yo era una mujer sin genio, estaba muy confundido. Sobre todo era una mujer a la que había engañado y herido, ahora que se agantara con las consecuencias.

“Es la última vez que te lo repito, Davinia, no quiero problemas con mis clientes.”

“Que pase un buen día, Señor Evans.”

Le di un sorbo al café y puse cara de asco, ya estaba frío. Y estaba claro que Peter estaba celoso, de eso no me cabía duda y yo, por más que lo quisiera, me sentía satisfecha conmigo misma. Donde las dan, las toman.

Pasé el día con una mala hostia impresionante, lo había hecho queriendo para ponerme de mal humor, seguro, sobre todo si pensaba que no había dormido sola, si no con Óscar. ¿Se creía que yo me acostaba con un tío a la primera? ¿Tan poco me conocía? La verdad era que mi jefe estaba dejando mucho que desear.

Y tú eres la mayor idiota del mundo por seguir enamorada de semejante gilipollas, me dije a mí

misma.

Me arreglé un poco y salí de casa con la idea de tomar un poco el aire. Al final acabé almorzando en un restaurante chino al que solía ir alguna que otra vez sola, cuando quería desconectar, y volví a casa bien entrada la tarde.

No había vuelto a tener noticias de Peter y eso en parte me aliviaba, demasiado tenía con pensar qué me esperaba al día siguiente en la oficina.

Resoplé cuando el móvil sonó.

—Hola, Carla — saludé a mi hermana.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Bien.

—Davinia, te conozco, llevo varios días sin saber de ti, ya puedes empezar a escupir.

—No sé de qué hablas — me acomodé en el sofá, conociéndola, eso iba para largo.

—OK, pues en un rato estoy en tu casa y me lo cuentas.

—No — gemí —, joder, Carla, no cambias, ¿verdad?

—A mi edad creo que no es conveniente — dijo muy seria.

—Está bien, de todas formas necesito desahogarme con alguien. Solo te pido una cosa.

—Lo que sea pero cuenta — dijo en modo alcahueta.

—No me interrumpas y, sobre todo, no me juzgues, por favor.

—Tranquila, confía en mí.

Como si no la conociera...

Media hora después, me quedé callada al otro lado del teléfono.

—¿Estás ahí? — pregunté extrañada.

—Mmmm...

—Bueno, no sé, di algo.

—¿Segura?

—Si... — dije dubitativa.

—Joder, Davinia, ¡¿te has acostado con tu jefe?! ¡Te voy a matar!

—Pfff... Ya sabía yo...

—No, es que ya no sé cómo decirte las cosas, todos los hombres son mierdas, ya te lo advertí cuando me hablaste de él, pero no, tú eres el alma rebelde, ¿verdad?

—No es así — me quejé.

—Me importa tres pepinos. ¡Te lo has follado!

—¿Por qué no lo gritas más fuerte para que se enteren todos tus vecinos? — pregunté enfadada

— Y te pedí que no juzgaras, por eso nunca te cuento nada.

—Mierda, está bien, lo siento — respiró profundamente —. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Seguir igual, no tengo explicaciones que darle.

—No, eso está claro.

—Pues seguramente salga con Óscar y...

—Eso lo veremos en su momento — me cortó —. Davinia, piensa las cosas, relájate e intenta mantener tu puesto de trabajo, es el que te gusta, no el otro que te ofrecen, pero sin dejarte pisotear por un tipo de estos, ¿OK?

—OK.

—Bien, entonces te dejo dormir. Pero por favor, no vuelvas a dejarme sin saber nada. Ve contándome todo, ¿prometido?

—Prometido.

—Te quiero mucho.

—Y yo.

Colgué la llamada y me acosté, esperando poder descansar. Pero sonó otro mensaje y yo lo leí temiendo que fuera el capullo de Peter.

“Preciosa, no pude hablarte antes, tuve un día complicado. Pero que sepas que sigo pensando en ti, no puedo dejar de hacerlo desde que te vi.”

Ese mensaje era para un “Oooohhh” de esos de las películas. Qué hombre más romántico, por Dios. Sonreí tontamente y le contesté.

“Gracias, Óscar. Yo tampoco pude agradecerte tu amabilidad.”

“No tienes nada que agradecerme, lo hice encantado. Y la cita sigue en pie. Tú decides cuándo.”

“Claro, me encantaría.”

“Entonces quedamos en los próximos días, estoy deseando ver de nuevo esa sonrisa. Espero que la sorpresa de mañana la ponga de nuevo en tu cara.”

“¿Qué sorpresa?”

“Ya me contarás. Que descanses, preciosa.”

“Buenas noches, Óscar.”

Pues con la sonrisa de idiota que se me había quedado en ese momento iba a dormir bien. O eso esperaba, aunque sabía que no sería así, no había manera de quitarme a Peter de la mente.

El lunes, cuando llegué a la oficina, casi me doy la vuelta y salgo corriendo como alma que lleva el diablo. Los tres mosqueteros estaban haciendo guardia, esperando a que llegara.

—Chicos, es lunes, deberíais venir todos de mal humor, como la gente normal. ¿A qué vienen esas sonrisas? — pregunté haciéndome la tonta.

—La que debería tener una sonrisa así eres tú — dijo Naty.

—¿Yo? ¿Y eso por qué?

—Joder, ¿te lo tiraste? — preguntó Desirée, sin paños calientes.

—Mira que eres bruta, por Dios — Manuel puso los ojos en blanco.

—Si tú tienes un problema y no follas, Manuel... No es nuestra culpa — siguió Desirée, para pincharlo.

—Davinia, ignóralas, ya sabes que cuentas conmigo — me dijo él, ignorándolas.

—Lo sé y gracias. ¿Nos ponemos a trabajar?

—Con mucha energía vienes tú — sonrió Naty —. ¿Cómo es semejante Dios griego desnudo? ¿Está más bueno que el jefazo?

—Lo está, no hace falta que lo preguntes — dijo Desirée.

—Sois unas alcahuetas — volvió a quejarse Manuel.

—Ya, claro, y tú estás aquí porque no quieres enterarte del lío de Davinia con el cliente, ¿verdad? — preguntó Naty.

—No tengo ningún lío con nadie, así que dejarme — dije yo.

—Algún día lo contarás todo — me advirtió Desirée.

—Chicos... — les rogué.

—Está bien, porque tenemos trabajo, pero volveremos — dijo Naty, señalándome.

Sonreí a mi pesar, estaban como cabras pero eran muy buena gente todos.

La mañana pasó tranquila, no llevaba ni un par de horas allí cuando un mensajero llegó con un enorme ramo de rosas rojas. Le preguntó a Manuel y él señaló mi mesa.

—Si es tan amable de firmar aquí...

Lo hice mientras el chico ponía el ramo en la mesa. Lo despedí con una enorme sonrisa y busqué la tarjeta.

“Esto es solo el principio de las sorpresas. Feliz día, preciosa. Óscar.”

Oh... era todo un amor. No como mis compañeros, que incluso me quitaron la tarjeta de las manos. Y me tocó comenzar a aguantarlos de nuevo, claro que ahora con pruebas de que entre Óscar y yo había algo...

No vi a Peter ni a Alexia esa mañana, estaba a punto de marcharme cuando él se paró delante de mi escritorio.

—Toma, necesito que te encargues de esto — dijo serio.

—De acuerdo, mañana lo tendrá.

—Eso espero, así te mantendré ocupada.

—No creo que esté parada en ningún momento, Señor.

—¿Todo bien con nuestro cliente? — preguntó cambiando de tema y tras mirar al ramo de flores que había recibido.

—Eso debería saberlo usted, ni siquiera sé a quién se refiere.

—No te hagas la tonta, Davinia, te vuelvo a repetir que no permitiré...

—Si no está contento con mi trabajo, señor, no dude en despedirme.

Pero en mi vida privada no vuelva a meterse.

—No voy a permitir que te encargues, mientras estés en mi empresa, de los asuntos de Óscar. Y no quiero cosas como esa — señaló el ramo — aquí.

—Haga lo que quiera — me levanté y me colgué el bolso —. Mientras no se meta en mi vida privada, vamos bien.

—Te estoy hablando, Davinia.

—Lo siento, señor, mi jornada laboral terminó. Si tiene algo relacionado con el trabajo que decirme, tendrá que esperar a mañana. Hasta entonces, feliz día.

—¿No te lo llevas? — preguntó y yo sabía que se refería al ramo.

—No, así vendré mañana feliz a trabajar.

Me marché de allí con la cabeza en alto, demostrándole lo poco que me importaba él aunque en el fondo estaba evitando llorar. No podía sacarlo de mi mente, lo veía y me encantaría volver a tocarlo, que fuera mío. Pero él era el único culpable de todo lo que estaba pasando.

Y yo no iba a cambiar mi actitud, se merecía eso y más.

Le mandé un mensaje a Óscar y le agradecí el detalle. ¿En qué momento se había complicado tanto mi vida?

Capítulo 5

¿Por qué me estaba sucediendo todo esto? ¿Cómo es posible que la vida me hubiese puesto a Óscar en este momento? ¿Cómo debía interpretar estas señales del destino? No lo tenía nada claro. Pero debía estar agradecida a la vida por la aparición de este galán.

Era martes por la mañana. Amanecía con una luz blanca que arrasaba con las últimas sombras de los objetos. La ciudad despertaba. Los ruidos del tráfico se escuchaban desde la cocina donde yo tomaba mi café de Nespresso, un Volutto, que era mi favorito. No le ponía ni azúcar ni sacarina al café. Me gustaba su sabor amargo y áspero, su olor quemado, su aroma a guisantes. Encendí la tele un rato. Me gustaba madrugar. Odiaba las prisas.

No quería ser de esas mujeres que lo hacen todo en el último momento y salen de casa estresadas, sin apenas maquillarse ni peinarse. Nunca me había gustado ese tipo de conductas. La ciudad me gustaba, pero no estaba dispuesta a ser esclava de su estrés.

Cuando dejé la taza sobre la mesa de cristal de mi coqueto comedor, una huella por el vapor se dibujó en la superficie. Con mi meñique escribí una O y luego una S, y finalmente se leía Ó—S—C—A—R.

Estaba hechizada y aquellas vivencias que había compartido con este hombre me parecían también muy diferentes a las que había mantenido con mis anteriores novios. Ahora, ¿en qué lugar quedaba Peter? ¿O lo debía llamar Sr. Evans para siempre? Borré con la palma de mi mano el nombre de Óscar y decidí ducharme y arreglarme. La tele seguía encendida. Un presentador con unas ojeras que no había podido ocultar ni el maquillaje hablaba sobre el número de muertos en un atentado en Siria. Mis problemas no significaban nada comparado con eso, así que, con las pilas puestas, me dirigí al trabajo.

Cogí un taxi. No me disgustaba hacerlo de vez en cuando. Era una terapia contra los malos rollos como las flores de Óscar, su caballerosidad, su porte, como su manera de mirarme y de decirme cosas. No podía creerme que todo esto me estuviese pasando en tan poco tiempo.

Yo sé que podía seducir a algún hombre que otro, pero jamás pensé que todo esto me podía pasar a mí que nunca había presumido de ser una mujer fatal. Nunca le supe sacar partido a mí

belleza, pero yo notaba que los hombres me miraban y eso me hundía en una especie de timidez, sin embargo otras habrían sabido sacarle provecho. Después de todo lo que había sucedido tras el viaje a Tailandia y la aparición repentina de Óscar, me di cuenta que me estaba enfrentando a una nueva etapa en mi vida. No sé si eso era la madurez, pero los problemas sentimentales habían irrumpido en mi día a día y ahora tenía que lidiar con ellos.

Que Óscar fuera ahora una ilusión no significaba que Peter fuese un ser insignificante para mí. Los recuerdos estaban ahí, pero estaba claro que ahora quien se merecía toda mi intención era ese nuevo hombre que me estaba tratando como una princesa.

Al llegar a la oficina, mis compañeros leyeron en mi rostro esa ilusión. Manuel, que estaba encendiendo el ordenador, simplemente sonrió y no quiso meter baza.

—¡Qué bien se te ve! — comentó Naty.

—Es verdad. Se te ve radiante — añadió Desirée.

—Gracias. Sois muy amables, chicas — dije yo con voz de pija.

—Es verdad. No me quería meter. Estás diferente — comentó Manuel.

—Me gusta estar aquí. Me encanta trabajar con vosotros. No pasa nada más —mentí como una bellaca.

—No seas mentirosa, Davinia, joder. Nos vamos conociendo —dijo Naty con cara de pocos amigos.

—Os agradezco vuestro interés por mí, pero creo que tenemos que concentrarnos en nuestro trabajo — dije yo en plan mandona.

—No me jodas, que ahora vas a hacer de jefa y a decirnos lo que debemos hacer — intervino Desirée sonriendo.

—No era mi intención. Hablo como compañera de trabajo — repuse yo.

—Esta en dos días se queda con la empresa. Está sucediendo algo en tu vida que te está obligando a cambiar. Hace dos días estabas llorando como una magdalena y ahora pareces otra, ¿me equivoco? — volvió a intervenir Naty con intención de saber más de lo que ella ya presumía.

—No puedes ocultarlo, Davinia. Las flores te delataron — apuntó Manuel con ironía.

—Sois unos cabroncetes — dije yo.

—No, somos sencillamente cotillas, por si no lo sabes — dijo Naty tecleando la contraseña de los diferentes programas.

—Me dais miedo —dije yo con actitud bromista.

—Mira, guapa, que el tal Óscar te haya robado el corazón no te da derecho a que nos tengas aquí en ascuas — dijo Desirée sin dejar de sonreír.

—Cuenta, cuenta. Tenemos ganas de saber — intervino Naty arrugando las cejas.

—Es mejor que nos cuentes las cosas antes de que empiecen los rumores. Ya circulan por ahí algunas historias que no te gustaría escuchar — añadió Manuel como si me hablara mi propio padre.

—Está bien. Voy a cerrar la puerta y os cuento, ¿vale? —dije yo con alegría.

Así hice. Cerré la puerta del despacho y nos pusimos en círculo, como si estuviéramos en una terapia de alcohólicos anónimos. Todos me miraban con expectación y yo me sentía bastante intimidada, pero sabía que podía confiar en ellos y que, aclarando las cosas, podría evitar esos rumores envenenados que desvirtúan la realidad por completo.

Es cierto que también me ilusionaba sentirme protagonista de una historia como esa.

—Creo que me estoy enamorando de Óscar —dije yo con aire infantil, como si estuviera todavía estudiando en el instituto.

—No me lo puedo creer. Sabía que había algo que te había hecho brillar — comentó Desirée.

—¿Estamos hablando de Óscar, no? — preguntó Manuel como extrañado, con total ingenuidad.

—¿Te haces el tonto, verdad? — saltó Natalia.

—No, Manuel, está hablando de mi padre — dijo Desirée con sorna.

—Perdón, solamente quería asegurarme — añadió Manuel con timidez.

—Eso es lo que sucede. No hay más —dije yo con ganas de terminar.

—O sea. Cierras la puerta. Te haces la interesante. Nos sientas en un círculo como si estuviéramos en terapia y ahora nos dices tan ricamente que eso es todo. No me jodas, Davinia. Tú aún no me conoces. Te voy a mandar a tomar... — Natalia explotó en aquel momento.

—Está bien. No te pongas así —dije yo asustada.

—Naty tiene razón. Cuéntanos un poco más. No nos has dicho nada que ya no supiéramos —comentó Desirée apoyando a su compañera.

—Yo no digo nada, pero estamos haciendo el imbécil aquí con todo el trabajo que tenemos. Si viene Alexia y nos ve así, nos pone a todos de patitas en la calle — advirtió Manuel.

—No seas aguafiestas. Davinia nos va a contar rápidamente qué ha sucedido en su vida estas últimas semanas, ¿verdad? — dijo Desirée fingiendo que me amenazaba.

—Mirad. Voy a ser sincera con vosotros. Creo que Óscar y yo nos gustamos. Pero solamente estamos empezando a conocernos. No puedo contaros más. Respetad mi intimidad. Pero tenéis razón en una cosa. Este chico me pone y está demostrando un interés muy grande por mí — dije yo con serenidad.

—Se lo está currando. Porque lo del ramo de flores fue un puntazo — dijo Desirée.

—Bueno, tienes que mantenernos al corriente. Mañana nos cuentas más — dijo Manuel que, de repente, se había convertido en un cotilla bueno.

—Pero, ¿ahora qué va a suceder con el Sr. Evans? — preguntó Naty con voz temblorosa.

—No voy a hablarte de eso. No puedo hacerlo. Por favor, Natalia, te lo pido — le supliqué y ella lo entendió perfectamente.

Volvimos al trabajo. Cuando aún no había transcurrido ni media hora, apareció un mensajero con un enorme ramo de gladiolos y violetas.

—Me han dicho que la destinataria trabaja aquí — comentó el joven.

— ¿No buscarás a una tal Davinia? — saltó Naty enseguida, levantándose de su sitio con rapidez y llena de alegría, como si el ramo de flores fuese para ella.

—Sí, en efecto, es para la Srta. Davinia y lleva una tarjeta personal.

—No me lo puedo creer — comentó Manuel.

—Ni en las películas —añadió Desirée con voz temblorosa, pues estaba tan emocionada como yo, que no abrí la boca en aquel momento.

El joven dejó el enorme ramo detrás de mi mesa de trabajo. Leí la tarjeta y las chicas metieron las narices y también la leyeron.

“Solamente te diré una cosa, princesa: me tienes loco”.

—Madre mía, ¿has visto lo que te ha escrito? — dijo Naty entusiasmada.

—Lo tienes en el bote, Davinia. No lo hagas sufrir. Llámalo y tirátelo — intervino Desirée frenética, fuera de sí.

—No. No. No. Lo que tienes que hacer es dejar que sufra. Debe trabajárselo más — dijo Naty con firmeza.

—Me estáis volviendo loca. Por favor, dejadme. Necesito respirar un poco —comenté yo con un hilo de voz, pues no me salían las palabras.

Yo estaba llena de gozo. Me daba vergüenza mirar a mis compañeros porque todos tenían unas enormes ganas de reír. No sabía cómo actuar. Lo sorprendente es que al día siguiente, miércoles, sucedió lo mismo. De nuevo apareció el chico con otro ramo. Esta vez eran rosas rojas.

El despacho parecía un jardín botánico. Naty y Desirée estaban alucinadas. No sabían qué decir. Se miraban. Me miraban y se reían. Yo no sabía si seguirles el juego u olvidar todo lo que me estaba sucediendo con Óscar, quien volvía a escribirme una tarjeta que era toda una declaración de amor.

Cuando me disponía a leerla en silencio, Naty me la quitó de las manos y la leyó en voz alta. Vaya una cabrona. Lo digo en broma porque me gustaba verlas así de estupendas y de contentas. Parecía que estuviéramos en algún curso del instituto donde las notitas y los mensajes de amor no paraban de circular entre los pupitres.

“Tengo una suerte inmensa de regalarte flores y de dejar que las huelas. Yo quiero sentirte cerca, muy cerca, como hacen esas flores ahora contigo”.

Óscar no podía ser más cursi. Pero a mí me encantaba que lo fuera. Naty y Desirée estaban felices, desatadas.

Esa tarde del miércoles apareció Peter por nuestro despacho. Ninguno de nosotros lo esperaba.

Yo sabía que no venía a revisar nuestro trabajo. Era cierto que los rumores corrían como la pólvora por aquel edificio y muchos de los compañeros se habían enterado de que yo no paraba de recibir ramos de flores de Óscar.

Peter o el Sr. Evans me miró fríamente antes de hablar.

—¿Qué significa todo este jardín, Davinia? — preguntó con un tono seco y cortante.

—Son regalos. Simplemente son unos regalos — dije yo con un tono desafiante.

Desirée y Natalia miraban de reojo. Estaban escuchándolo todo como Manuel. Pero tecleaban sin cesar como si aquella conversación no fuera con ellos.

—Esto no es ninguna floristería, Davinia — dijo elevando la voz.

—Y mi vida tampoco es un cachondeo — contesté rápidamente cortándole la cara allí mismo delante de todos.

De repente, se dio la vuelta y sin decir siquiera “buenas tardes” desapareció del despacho. Una vez que ya no se escucharon los pasos, Naty y Desirée comenzaron a aplaudirme.

—Esa es mi niña —dijo Manuel inesperadamente.

—No esperaba que dijeras eso. Pensaba que me ibas a echar un puro por haberle contestado así —dije yo con el corazón acelerado.

—No puedo regañarte. Su actitud ha sido una actitud de prepotencia que no me ha gustado nada — añadió Manuel serio.

—Es verdad. Hay muchas formas de decir las cosas — dijo Desirée.

—Yo creo que no venía por cuestiones de trabajo interno, sino a saber si era verdad que Davinia no paraba recibir flores de Óscar — dijo Naty convencida de sus palabras.

—Yo no quería ofenderle. No quería ser grosera. Siento haber dado este espectáculo —dije yo con tono de arrepentimiento.

—No digas tonterías. Ha estado genial. Lo has dejado de piedra. Se lo merecía por chulo y maleducado — dijo Natalia volviendo a aplaudir.

—Me da miedo, Davinia, que te despidan, porque sabes que esto no va a acabar nada bien —dijo Manuel con tristeza.

—Lo sé. Sé que esta actitud solamente me va a traer más problemas —dije yo con sinceridad y dolida.

—Bueno, no pensemos en eso ahora. El Sr. Evans también se la está jugando. No podremos negar que la está acosando de alguna manera — intervino Desirée.

—Pues llevas razón. No lo había mirado así. Además tienes a estos compañeros para defenderte en un juicio si fuera necesario — sentenció Manuel.

Seguimos trabajando hasta que terminó el turno. De nuevo volví a casa y mi móvil registraba algunos mensajes de amor que periódicamente me había ido enviando Óscar. Yo los leía con emoción y, pese a que eran versos muy malos, veía que se estaba esforzando por conquistarme. Le contestaba con emoticonos. Quería hacerlo sufrir como me había dicho Natalia. No sabía a qué atenerme. Aunque había sido un caballero conmigo hasta la fecha, aunque no paraba de mandarme flores y mensajes, mi corazón parecía sentirse todavía abandonado. Aquella emoción por Óscar tenía algo de momentáneo y repentino, porque seguía confundida con Peter, con esa actitud tan cambiante y que me estaba desquiciando.

Llegué a casa. Me puse a Orozco y cené un sándwich de pollo. Me dormí. Estaba exhausta. Y no era por el trabajo precisamente.

El jueves por la mañana llegué a la oficina y me encontré con el mensajero nuevamente en la puerta del despacho. Natalia y Desirée aún no estaban allí. Manuel me sonrió y no dijo nada. Otro ramo de flores, que ya no me pillaba por sorpresa, me daba la bienvenida. Lo coloqué junto al resto. Margaritas y azucenas. En una semana, a ese ritmo, no íbamos a caber en aquella habitación.

Cuando Natalia y Desirée llegaron, empezaron con el cachondeo. Como siempre, Manuel intentaba poner paz. Yo no sabía qué decir. A veces contestaba y otras veces me callaba, haciéndome la mosquita muerta, algo que odiaba Natalia.

Los informes iban saliendo y las campañas también avanzaban. Nadie podía recriminarnos que estábamos haciendo bien nuestro trabajo.

Sobre las seis de la tarde, poco antes de salir del Diario Sol, recibí un nuevo mensaje en mi móvil. Pero esta vez era diferente. Esta vez no eran los versos cursis que trataban de impresionarme, sino que era un mensaje para que quedáramos.

“Tengo una sorpresa para ti. No prepares planes para el viernes. Cuando salgas del trabajo, te estaré esperando. Ponte guapa, aunque tú no lo necesitas”.

La vida me sonreía y yo miraba aquellas flores cada vez que podía, y las olía, y sentía la proximidad de Óscar y que Peter estaba cada vez más lejos.

Capítulo 6

Por fin viernes, me levanté y me fui directa a hacerme un buen expreso, me había decidido por fin a la ropa que me iba a poner así que después de desayunar fui y me planté unas leggins negras que me había comprado con unos zapatos de salón negro con el tacón y la plataforma de color madera, una camiseta de media manga que llegaba por encima de mis caderas, me cogí una cola un poco suelta, me pinté y me veía radiante, sabía que me estaba vistiendo más así por Peter que por Óscar, pero en el fondo algo de ilusión me hacía aquella cita.

Cogí el metro y me fui hacia las oficinas, al llegar vi que entraba el chico de la floristería y lo llamé porque sabía que era para mí, me sonrió al verme, debía de estar flipando con la de flores que me había mandado esa semana Óscar.

Entré al despacho y ya estaban mis compis muertos de risas al verme entrar con el ramo en las manos

—Joder, ya no te da tiempo a subir cuando ya te lo están entregando abajo — dijo Natalia muerta de risa.

—Yo lo único que pienso es que con la de ramos que te ha mandado, ya le hubiera dado para enviarte un pedazo de anillaco de oro — respondió Desirée mientras yo colocaba el ramo junto a los otros.

—Desde luego que las mujeres siempre pensando en lo extravagante y caro, no observáis el mensaje y declaración de amor que le están haciendo con esos ramos de flores diario — dijo Manuel.

—Yo solo sé que hoy me voy a comer con Óscar, va a pasar a recogerme cuando terminemos de trabajar — dije poniendo cara de inocente.

—Ese chico está loco por ti, Davinia, algo me dice que va a salir de ahí algo muy bonito — irrumpió Manuel.

—Ojalá lo hubiese conocido antes, que de dolor me hubiese quitado de encima...

—Nunca es tarde si la dicha es buena — dijo Natalia.

—Ya, pero mi corazón está en otra parte ...

—¡En el puto jefe! — gritó Desirée.

—No chilles de esa manera que cualquier día entra y se entera — dijo Manuel.

—¿Cuándo nos vas a contar qué pasó en Tailandia, Davinia? — preguntó Natalia como tantas veces.

—Pongámonos a trabajar no vaya a ser que entre el jefe — solté cambiando el tema.

—Siempre nos haces El Toreo con esa pregunta — recriminó Natalia.

—Hay temas que creerme, prefiero ni hablar...

En ese momento me levanté para ir a recoger un expediente a la estantería, cuando de repente entró Peter a nuestro despacho.

—Davinia, el Lunes salgo de viaje para Tenerife, tengo una reunión de cierre de contrato, debes venir conmigo, estaremos 3 días —dijo dando por sentado que tenía que ir.

—¿No te acompaña tu mujer? — pregunté con ironía.

—Sí, ella también vendrá, hasta luego.

Nos quedamos los cuatro flipados, encima se fue tan campante, me entró una rabia por el cuerpo que nadie se podía imaginar, Manuel no paraba de negar con la cabeza ya que se había quedado impactado con aquella respuesta por parte de Peter ¿A qué estaba jugando? Lo bueno de todo esto era que yo iba a jugar pero esta vez no como la de Tailandia, sino directa a la yugular.

—Hay que tener mucha maldad para consentir que vayas a pasarlo mal y el refregarte que está con su mujer — dijo dolida Natalia.

—Eso no me ha gustado nada del señor Evans — negó dolido con la cabeza Manuel.

—Pues nada, como las reuniones duran dos o tres horas y seguramente tendré las tardes libres, me alquilaré un coche y recorreré la isla, pienso disfrutar a tope y pasar de ellos 3 kilos.

—Pues muy bien que haces — dijo Desirée.

La mañana se pasó rápida, no paramos de charlar sobre ello. Salí hacia fuera y ya estaba en la puerta esperándome Óscar, estaba guapísimo, con unos tejanos color claro y unos tenis marrones de piel preciosos con una camisa vaquera que le quedaba de muerte.

—Estás preciosa — dijo agarrando mi mano y mirándome de arriba.

—Tú estás muy guapo también— dije soltando una sonrisa.

Me abrió la puerta de su coche, el flamante Audi de color blanco le sentaba genial, lo veía súper interesante al volante.

—¿Te metió mucha caña tu jefe a causa de lo que bromeamos en la fiesta?

—Paso de Peter, prefiero ni hablar de él...

—Me dio la sensación de que ustedes tuvisteis algo más que una relación laboral, tuve esa sensación.

—No quiero hablar de él de verdad...

—Me doy por contestado, ahora disfrutemos de este día que nos espera por delante.

—Por cierto, el lunes me tengo que ir con él y su santa esposa a Tenerife a unas reuniones ¡vaya putada! Me dedicaré el resto del día a hacer turismo.

—Pues sí, una putada, pero déjame decirte que no estarás sola, como que me apunto a este viaje si me dejas, estaré contigo en tus ratos libres y te enseñaré la isla que tan bien conozco ¿Aceptas?

En ese momento vi entre mis manos la oportunidad de devolverle una buena putada Peter, si él quería joderme llevando a su mujer, más le iba a joder yo apareciendo con Óscar.

—¡Me encantaría!

—Pues lo dicho, el lunes estaré en Tenerife esperándote, es más aprovecharé y me iré el domingo por la noche, así amanezco descansado el Lunes en la isla.

Joder si lo llevo a preparar no me sale tan bien la jugada, estaba deseando de ver la cara de mi jefe al verme por la isla con Óscar, lo único que podía pensar en esos momentos es que donde las dan, las toman.

Salimos de la ciudad de Madrid, no tenía ni idea de a dónde íbamos, estaba claro que tirábamos para la sierra norte, un tiempo después me di cuenta que estábamos frente a un precioso recinto rural perteneciente a la cadena de hoteles de Óscar.

Aparcamos el coche y vino un empleado del servicio al recibirnos con dos copas y una botella de rioja que nos sirvió después de catarla, yo no era una buena entendida de vinos pero era evidente que aquel no dejaba indiferente.

Fuimos para la parte de atrás donde había unos preciosos jardines y un restaurante al aire libre con cocina echa al fuego de una gran barbacoa que había allí ante los ojos de todo el mundo, me impresionó mucho aquella belleza y de la forma que estaba todo decorado en aquel entorno que lo hacía inmejorable.

Nos trajeron dos buenos chuletones de Ávila, acompañado de unas patatas fritas naturales que tenían un sabor espectacular, además de un poco de verdura, no sabía si iba a ser capaz de comerlo entero ya que nos habían puesto una serie de entrantes que me habían llenado por completo.

Me pasé toda la comida muerta de risa, era un niño pequeño dentro del cuerpo de un hombre, se le ocurría cada cosa que me recordaba mucho a Natalia y Desirée, era como para juntar a los 3, claramente sería una bomba de relojería.

Después de zamparnos una botella de vino, tomamos un café y nos quedamos charlando una hora en un balancín de madera que había mirando hacia la Sierra, de allí nos fuimos para el centro de Madrid al caer el atardecer y nos fuimos a cenar a un restaurante precioso donde nos dieron las doce de la noche, era muy cómodo estar con él, me lo estaba pasando genial y aunque no conseguía quitarme de la cabeza a Peter los momentos con Óscar eran menos dolorosos.

Fuimos hasta mi casa donde me dejó y me acompañó hasta la misma puerta, quedamos en hablar por mensaje al día siguiente.

Me acosté con precioso sabor de boca, aunque de mi cabeza y mi corazón no conseguía sacar a mi maldito jefe.

Por la mañana me levanté con el timbre de la puerta sonando, me parecía extraño ya que era apenas las 9 de la mañana, cuando abrí la puerta no me lo podía creer era mi amiga Marcela, que la conocí en un viaje a Chile, un encanto de mujer con la que congenie desde el principio y nos habíamos visto varias veces ya que me había visitado en alguna que otra ocasión.

— Marcelaaaaa — grité mientras la abrazaba

— Sabía que te sorprendería

—¿Cuándo llegaste?

—Anoche, no te dije nada pues quería darte una sorpresa, vengo con el club femenino de fútbol que presido en Chile, estaremos apenas 5 días, pero tenía que escaparme a verte, lo estaba deseando.

—Tengo que contarte tantas cosas — dije mientras preparaba un desayuno para las dos.

Estuve como media hora contándole toda la historia, ella no hablaba, Marcela tenía la bendita paciencia de escuchar pero luego habría que escucharla a ella.

—Davinia, te voy a pedir un favor, dale duro a tu jefe, dale por todas partes, se merece que seas una cabrona con él.

—Marcela, creo que con la aparición de Óscar en mi vida ya le estoy haciendo pasar algo de daño

—Ese tío es un degenerado, debes sacarlo ya de tu cabeza y empezar a demostrarle que el único que ha perdido ha sido él, aférrate a Óscar, sabes que nunca me equivoco, algo me dice que él es la oportunidad de tu vida.

—Yo también pienso que Óscar se merece más atención que el cerdo de mi jefe.

—Piensa que lo que te pasó en Tailandia te valió para llevarte un gran viaje y una alegría para el cuerpo, lo demás sácalo de tu vida, deja que sea algo meramente profesional.

—Eso intento, pero no es tan fácil...

—Lo sé, mi niña, pero prométeme que lo vas a intentar, debo de irme, pero quiero que me prometas que vas a luchar para que la ilusión que tienes con Óscar, crezca aún más.

—Te lo prometo, Marcela — dije mientras la despedía con un fuerte abrazo.

—Cuídate, preciosa.

Cogí una lata de Coca Cola Zero del frigorífico y volví a sentarme en la cocina, mire el móvil y tenía un mensaje de Peter diciéndome que pasaría a por mí el lunes a las 9 de la mañana, le respondí con un simple OK.

Justo antes de comer sonó el timbre de la puerta, al abrir me entró un ataque de risa, ahí estaba plantado el mismo floristero con un pedazo de ramo de flores.

—Me hacen seguirla hasta su casa — dijo riendo.

—Ya veo — solté una carcajada mientras agarraba el ramo.

Entré y le escribí un WhatsApp a Óscar.

“¿Hasta cuándo me piensas estar mandando ramos de flores? Yo encantada, pero parece que esto nunca va acabar. Millones de gracias.”

Rápidamente recibí respuesta.

“Todos los días de mi vida hasta que me digas que no quiere saber más nada de mí.”

Me sacó una preciosa sonrisa de los labios, volví a recibir otro mensaje por su parte

“El lunes te espero en la isla, avísame cuando termines la reunión.”

Me encantaba esa idea, no iba a tener que pasar el mal trago de aguantar a ese matrimonio junto, regocijándose en todas mis narices.

Salí un rato por la tarde a comprar algo de ropa, tenía ganas de darme algún capricho, tenía mi mente dividida entre dos hombres, pero seguía destacando mi jefe, a ese era el que no conseguía quitar de mi cabeza.

El domingo me levanté con un fuerte dolor de cabeza, me tomé dos pastillas y me pasé todo el día tirada en el sofá, tenía una sensación extraña con aquel viaje, no entendía para que ese hombre me había elegido a mí para volver a ir con él, ya que iba con su esposa, además que las dos nos llevábamos fatal y él lo sabía.

Me acosté temprano a pesar de haber estado todo el día tumbada, puse el despertador a las 7 de la mañana para darme un buen baño y desayunar tranquila antes de irnos.

Capítulo 7

Sonó el despertador y ya llevaba un buen rato con los ojos abiertos, me fui directa a darme un baño y luego con la toalla puesta me fui a meterme un buen desayuno, estaba ansiosa por tomarme un expreso, hasta que no lo hacía, no me convertía en persona.

A las 9 ya estaba abajo, con mi pequeña maleta de equipaje de mano y viendo que estaba ahí fuera del coche esperándome, para mi asombro solo estaba él y su chófer, pensé que pasaríamos a por ella, pero más impactada me quedé al ver que estábamos llegando al aeropuerto.

No pregunté ni pío, lo seguí hasta el mostrador de facturación y cogimos dos plazas pegada a ventanilla, algo me decía que había sucedido alguna cosa para que ella no estuviese allí.

Pasamos el control de seguridad y nos fuimos directamente para la puerta de embarque ya que habíamos cogido caravana y llegado a lo justo.

Nos montamos en el avión y él seguía muy serio, yo pasaba de hablar, tenía claro que no le iba a seguir ninguna clase de juego.

— ¿No me preguntas porque no ha venido mi mujer? — preguntó bajo mi sorpresa

— Sinceramente no me interesa ni tu vida, ni la de ella, vengo por algo estrictamente laboral, me da igual que hubiese venido o que se haya ido al Congo.

— No iba a ningún sitio, es más nunca iba a venir, pero como te pusiste tan chula delante de mis empleados, pues decidí contestar de esa manera

Madre mía, la que había liado y Óscar esperándome en la isla, Peter me había traído engañada, quería que la tierra me tragase, pero de todas formas no pensaba arrastrarme a él como si nada.

— Bueno, sigo diciendo que me da igual que venga ella o que no, es vuestra vida, la que habéis decidido, todo lo que tenga que ver con vuestra vida personal me es indiferente.

— Será que ya tienes por ahí una ilusión nueva.

Pasé de contestarle pero volvió con la puya y esta vez peor.

— Pensándolo fríamente es un buen partido para ti.

— Mira Peter, hazme el favor de no volverte a meter en mi vida personal, quiero que eso te quede bien claro, estoy aquí por algo meramente laboral, estaré contigo en esas reuniones pero el resto del día no me verás el pelo.

— Tranquila que he cogido dos habitaciones para que no te sintieses violenta, pero durante el día puedo estar contigo, pienso respetarte.

— Me vas a respetar si o si, además no tomaré contigo ni siquiera un solo café, vuelvo a repetirte que vengo a estar presente en esas reuniones, fuera de ahí olvídate de mí.

— Eres muy injusta.

— Mira, Peter, no me hagas montarte un escándalo, hay que tener muy poca vergüenza para decir que yo soy la injusta, después de lo que has hecho

— No te prometí nada, Davinia.

— Nunca pensé que lo hubieses hecho, pero eso no implica la falta de respeto con la que te has comportado.

— Quizás fuiste tú la que te creíste una película conmigo, que yo no te había prometido,

— Me ha quedado muy claro que para ti solo fui unos días de sexo.

— ¿En serio piensas eso?

— No quiero seguir hablando contigo sobre este tema, tu tomaste una decisión y yo otra, partiendo de ahí, no quiero saber más nada.

— Aún no me has dejado explicarte nada,

— No quiero que me expliques nada, ¿no entiendes que ya no quiero saber absolutamente nada de ti en el tema personal?

— Te debo una explicación y te la pienso dar tarde o temprano, quieras o no.

— No entiendes nada, que si no me la distes antes y te importo una mierda que me enterase de aquella manera, ahora no me interesa nada de lo que me puedas contar, espero que ahora lo hayas entendido

— Siempre hay algo que pueda hacerte cambiar de opinión y entender algo que creías que nunca lo harías.

— No hay ninguna razón en este mundo por la que te pueda perdonar lo que me has hecho, créeme, Peter, sácame de tu vida de la misma forma que yo estoy haciendo contigo.

Se quedó muy pensativo, terminamos el vuelo en el más absoluto silencio, salimos directos de la terminal ya que llevábamos equipaje de mano, allí nos estaba esperando un taxi que nos llevaría a nuestro hotel, en la parte norte, cerca del Lago Martíánez.

Dejamos las cosas en las habitaciones y nos fuimos directo al edificio donde estaban las oficinas de la empresa que nos esperaban en esos momentos, la reunión duró hasta las 3 de la tarde, salimos de allí y volvimos al hotel, insistió en comer conmigo, le dije que no seriamente, vi su tristeza en los ojos, pero él solito se lo había buscado, ya no creía en él.

Quedamos en vernos a las 9 en el restaurante para desayunar y luego ir a la última reunión que teníamos con los mismos para cerrar el acuerdo del pacto al que habían llegado.

Subí a la habitación y llamé a Óscar, me dijo dónde estaba y cogí un taxi y me fui hasta su hotel donde me estaba esperando en el bar de al lado de la piscina.

Estuvimos toda la tarde allí a base de Gin tonics, estábamos comenzando a tontear y al final terminamos en su habitación revolcándonos entre sus sábanas, no paraba de venir imágenes de Peter a mi cabeza, pero por otro lado me dejaba llevar y estaba disfrutando de ese magnífico momento que me estaba dando Óscar.

Después volvimos a cenar y nos despedimos ya que le dije de mil maneras que no me acompañase, así que cogió un taxi y quedamos en vernos para comer al día siguiente.

Me acosté con una sensación extraña, por un lado con el sentimiento de haber fallado a Peter y eso no me gustaba ya que él se merecía eso y mucho más, pero en el fondo lo amaba con todas mis fuerzas, por otro lado había disfrutado como loca de ese momento en la cama con Óscar, la verdad que sabía ponerme como una moto y hacerme pasar unos momentos increíbles de placer, había disfrutado de una manera brutal.

Amanecí por la mañana y fui directa a por el desayuno, había quedado con Peter antes de la reunión, tenía la cara que parecía que iba a matar a alguien, su rostro transmitía tensión y enfado, pero estaba claro que no pensaba ni preguntarle.

— Buenos días —dije mientras me sentaba.

— Buenos días — dijo sin levantar su cara del móvil.

— He recibido en el correo el borrador del contrato que ellos han pasado y lo he visto de acuerdo a todo lo que me habías dicho, te lo reenvié por si querías revisarlo.

— Para eso te tengo contratada a ti — dijo levantando la cabeza de su móvil y mirándome fijamente con un rostro bastante serio e intimidatorio.

— Eso lo tengo claro — dije devolviéndole la mirada fijamente para que viese que no me daba ningún miedo.

— Pues no parecía que lo tuvieses claro.

— Puede ser que te haya dado esa impresión, eso no lo voy a discutir, pero no era el mensaje te quería transmitir.

Me pedí el desayuno y pasé 3 kilos de él, me puse a mirar las redes sociales y cuando terminamos de desayunar fuimos hasta el taxi que nos llevó a aquella reunión.

Peter entro por aquella oficina de lo más simpático, parecía otro, me ignoraba como a la mierda pero a mí me importaba tres pitos, yo iba para esa reunión, no para que se desahogase conmigo sexualmente, aunque en el fondo era lo que yo más deseaba en este mundo, pero no quería ni podía permitirlo, aunque de vez en cuando me venía a la mente la cara de Óscar y una mínima sonrisa conseguía sacarme.

A las 12 estaba acabada la reunión y nuestro trabajo finalizado, volvíamos al siguiente día en el primer vuelo de la mañana, así que me despedí de Peter y quedé en volverlo a ver en el desayuno pero esta vez a las 7 de la mañana, no hizo ni el más mínimo gesto, paso de mi comentario olímpicamente, cogí un taxi y me fui para el hotel de Óscar.

Cuando llegue ya me estaba esperando en la puerta con el coche que había alquilado y nos fuimos a recorrer la isla y perdernos en ella.

Primero fuimos al Teide dónde me lo pasé pipa subiendo aquella montaña en el coche que apenas tenía fuerza, había alquilado el más chico que había en la compañía, nos reímos un montón durante el recorrido y luego nos fuimos a pasear por el Icod de los Vinos y ver algunos lugares más típicos de aquella isla.

Estuvimos perdidos por ahí hasta bien entrada la noche, dónde nos fuimos a su hotel a volver a perdernos en sus sábanas, esta vez disfrute más, tenía más confianza y ya no era la primera vez que me acostaba con él.

Me quedé allí a dormir, a las 6 me despedí y me fui hacia mí hotel, Óscar cogía un vuelo más tardío que el de nosotros.

Hice mi pequeño equipaje y luego baje a desayunar con Peter que volvía a tener una cara de sargento jubilado que no podía con ella.

— Buenos días, Peter.

— Buenos días — dijo sin mirarme a la cara.

— He revisado el correo y no había nada importante.

— No hace falta que me vayas comunicando todo lo que vas haciendo — dijo bordemente.

— Perfecto, que aproveches — dije para dar por zanjada la conversación.

— Igualmente, Davinia — dijo con voz desganada

Esta vez desayunamos en la terraza exterior por lo que ya me pude fumar un cigarro mientras tomaba el café y él tenía que joderse pues cuando me encendía uno siempre solía quitármelo y apagarlo, pero esta vez no sería capaz de hacerlo porque sabía que se enfrentaría y bien conmigo.

Un rato después cogimos el taxi que nos llevó al aeropuerto, él seguía sin hablarme, yo tampoco hacía el más mínimo intento por hacerlo.

En el avión paso de hablar también, yo iba a mi rollo leyendo un libro que me había comprado en el aeropuerto justo antes de embarcar, así que eso hizo evadirme y no sentirme incómoda a su lado.

Llegamos al aeropuerto de Madrid y allí nos estaba esperando su chófer que me llevo primero a mi casa, Peter ni se bajó a despedirme, en esos momentos había perdido su caballerosidad. Dije hasta luego sin mirar hacia dentro y me metí en mi casa a pasar el día de relax y asimilar los 2 días intensos que había pasado en esa isla.

Estaba como desorientada, había vivido demasiadas sensaciones en tan poco tiempo que era incapaz de asimilar todo lo que me estaba sucediendo, más que nada porque todo era demasiado rápido, me tiré en el sofá y comencé a darle muchas vueltas a la cabeza, era muy fuerte todo lo que me estaba sucediendo...

Capítulo 8

Llegué el jueves a la oficina rezando porque tuviera un día tranquilo después de lo que había ocurrido los días anteriores. Tenía un cacao mental impresionante, entre Peter y Óscar iban a acabar conmigo. Pero lo que más me jodía era que, después de lo que había pasado entre Óscar y yo, el imbécil de mi jefe seguía en todo momento en mi cabeza.

Y eso no era lo peor, no podía dejar de sentir lo que sentía por él.

—No he visto a nadie nunca, en esta oficina, viajar tanto como tú — dijo Naty nada más que me vio entrar.

—Es trabajo — le dije.

—Lo sabemos — intervino Manuel —, no empecéis ya — les advirtió a las otras dos.

—Oye, Davinia, que no te lo digo a mal, estamos contentas por ti, no lo dudes — aclaró Naty.

—Lo sé, chicos — les sonreí.

—Pero chica, ¿estás bien? — me preguntó Desirée, mirándome fijamente.

—Sí, solo algo cansada — respondí, intentando evitar que se fueran por las ramas.

—Normal, debe ser estresante — dijo Manuel.

—A mí no me importaría estresarme así — rio Naty.

—Te veo mala cara, Davinia, si te encuentras mal... — continuó Desirée.

—No, estoy perfectamente. ¿Trabajamos? — sonreí.

Me devolvieron la sonrisa y comenzamos con nuestra jornada laboral. Eran muy buenos chicos, sabía que no tenían maldad. Y me extrañaba que me dijeran que si estaba enferma o me encontraba mal. Quizás todos los últimos sucesos estaban empezando a afectarme un poco y sí tenía que comenzar a relajarme.

Y estaba relajada hasta que al idiota de mi jefe le dio por molestarme.

—Davinia, a mi despacho.

—Estoy ocupada, señor — dije sin levantar la mirada.

—Davinia, no te lo repito más. A.. mi... despacho — dijo recalcándolo.

Resoplé y me levanté. Mis compañeros me miraron compasivos y yo puse los ojos en blanco. A ver qué demonios quería ahora.

Entré tras él y cerré la puerta. Esperé a que se sentara tras su escritorio para hablar.

—Espero que sea algo laboral.

—Deja esas formas ya, Davinia, están empezando a cansarme. Y sí, es laboral.

—Pues usted dirá — me crucé de brazos, a la espera.

—Tengo una reunión a la 1, me acompañarás.

—¿No puede ir otro? Tengo que terminar...

—Me acompañarás, Davinia, no me repliques mis decisiones. Te recuerdo que soy el jefe.

—Está bien — asentí con la cabeza.

—Estate preparada, salimos en un rato.

—¿Adónde y con quién nos reuniremos? — necesitaba saber un poco para prepararme.

—Lo sabrás en su momento, no te preocupes que lo harás bien.

—Está bien.

—Nos vamos en quince minutos.

Salí de su despacho y les conté a mis compañeros lo de la reunión. Me despedí de ellos cuando mi jefe me hizo señas para marcharnos y salimos juntos de la oficina.

Su chófer nos estaba esperando en la puerta. Entré en el coche y Peter lo hizo detrás de mí.

Estuvimos todo el camino en silencio. Vi cómo el coche salía de la ciudad, iba rumbo a las afueras de Madrid. Media hora después llegamos a un enorme chalet, las puertas se abrieron automáticamente y el coche aparcó dentro. No había ningún vehículo más y miré a Peter extrañada.

Sonrió pero no me dio ninguna explicación. Bajamos del coche y entramos en la casa. La verdad es que intenté no quedarme con la boca abierta ante semejante lugar, era impresionante. Entre lo enorme y la moderna decoración, a la cual no le faltaba ni el más mínimo detalle, estaba alucinando.

Me hizo entrar en lo que era la sala de estar y yo me quedé embobada a la preciosa chimenea que había justo en el centro.

—¿Aquí será la reunión? — pregunté.

—Sí.

—¿Y los clientes?

—Ya están aquí.

Miré a mi alrededor y nada, ni veía ni escuchaba a nadie.

—¿Dónde? — pregunté de nuevo.

—Tú eres mi cliente hoy, Davinia.

Oh, mierda, me la había jugado.

—Señor Evans. Yo...

—Davinia, deja las formalidades — se acercó a mí —. No me gusta que me llames así.

—Es como debo dirigirme a usted — dije testaruda —. Y ahora, si no le importa, me gustaría irme a mi casa.

—¿Por qué no dejas de mentirme?

—¿Perdón?

—Me deseas, Davinia — me agarró por la cintura y me pegó a él —. Y si la manera que tengo de tenerte a mi lado es demostrándote eso, lo haré.

—No puedes obligarme a estar aquí.

—No, no puedo. Pero no te estoy obligando a nada. Puedes salir por esa puerta en cuanto quieras, solo hazlo.

Intenté zafarme de él pero me pegó más.

—Pero antes vas a dejarme hacer esto — dijo antes de besarme.

Al principio forcejeé un poco pero mi voluntad falló cuando pegó mi cuerpo por completo al suyo. Me agarré a su cuello y lo hice pegarse más a mí. En un segundo había desatado todo lo que sentía por él, todo el deseo y no era tiempo para pensar si estaba haciendo bien o mal. Quería que estuviera dentro de mí y lo quería en ese momento.

Empezó a hacerme caminar hacia atrás y caímos sobre un enorme sofá que había cerca. No podíamos dejar de besarnos, nos deseábamos demasiado.

—Dios, necesito follarte — dijo con voz ronca antes de arrancar los botones de mi camisa. Estaba salvaje y me encantaba.

—Peter, hazlo ya... — gemí mientras lamía mis pechos tras bajar el sujetador.

Empezó a desnudarnos a los dos y volvió a tumbarse encima de mí.

—Espera — dijo antes de que volviera a tocarlo.

Cogió la correa del pantalón y me ató las muñecas, haciendo que mis brazos quedaran por encima de mi cabeza.

—¿Qué haces? — pregunté sorprendida.

—No pienso dejar que te escapes. Ni que te muevas.

—Pero Peter...

No pude terminar la frase, su boca me lo impidió. Estaba completamente desatado, tocándome por todos lados con sus manos, lamiéndome, mordiéndome. No tuvo pausa ni cuando tuvo mi sexo en su boca y yo creía que iba a perder la conciencia.

Tras el segundo orgasmo, entró dentro de mí con fuerza y yo grité. Solo sirvió para que entrara y saliera de mí más rápido y más fuerte.

—Dios... — gemí cuando otro orgasmo llegó, haciendo que él llegara a la vez, tensándose encima de mí.

Nos mantuvimos en silencio unos segundos, intentando respirar con normalidad. Se quitó de encima de mí y se tumbó a mi lado, me dio un suave beso en los labios tras quitarme la correa, que menos mal que no me dejó marcas.

—Davinia, no puedes imaginar lo importante que eres para mí — comenzó.

—Te recuerdo que volviste con tu mujer — me tensé de repente.

—No puedo explicarte nada, pero te acabo de demostrar lo que significas para mí.

—Sí, solo sexo — dije tristemente.

—Joder, no digas eso — dijo mortificado —. Eres mucho más de lo que puedas imaginar.

—Peter, por favor... — negué con la cabeza, no quería escucharlo en ese momento.

—Hablaremos de esto. Ahora no es el momento.

Volvió a besarme y esa vez hicimos el amor calmados, sin dejar de tocarnos. Cuando terminamos, comimos algo y parecía que estábamos algo más relajados, pero no hablamos de nada trascendental.

Le pedí que me dejara en casa, estaba agotada. Lo hizo y me fui a la cama directamente. Contesté al mensaje de Óscar dándole las buenas noches, no quería pensar en nada, no sabía qué iba a hacer...

Llegué al día siguiente a la oficina con un cacao mental impresionante. Me había acostado con Óscar en la isla, después con Peter el día anterior, era para matarme.

No entendía tampoco la actitud de Peter, ni comía ni dejaba comer. Era evidente que los celos le estaban pasando factura, y eso que no tenía ni idea de que Óscar estuvo en la isla, solo lo que él podía imaginarse que estuviera pasando entre nosotros. Pero por otra parte no lo entendía. Él estaba con su mujer, ¿o no?

—Joder... — susurré.

Mis compañeros me miraron, intrigados.

—Hoy tengo un día de mierda — dije como única explicación.

—¿Estás bien? — preguntaron los tres mosqueteros a la vez.

—Sí — sonreí.

Y mentalmente rezaba para que mi “querido” jefe no apareciera en todo el día por la oficina, no

sabía qué esperar ni cómo actuar después de lo que había pasado el día anterior entre nosotros. No sabía qué pensar después de lo que me había dicho.

“Davinia, no puedes imaginar lo importante que eres para mí.” Esa frase no se me había ido de la mente desde el momento en que la pronunció porque en el fondo me daba esperanzas pensar que podía ser cierto. Y yo lo adoraba y...

En ese momento pasó por mi lado y ambos nos miramos, recordando lo que habíamos vivido horas antes. Carraspeé y volví a mirar a la pantalla de mi ordenador.

A media mañana, como cada día, me entregaron un nuevo ramo de flores. El chico del reparto ya se lo tomaba a risa. Me sentí culpable al leer el mensaje de Óscar.

Lo coloqué junto a los otros y resoplé cuando Peter pasó por mi lado diciendo: “Esto parece una jodida floristería.”

Sabía que le había molestado el detalle, como le molestaba todos los días, ¿pero qué podía hacer yo? Bastante tenía con mi cacao mental.

La mañana pasó rápidamente, ni siquiera me di cuenta de que era la hora de marcharme. Me despedí de mis compañeros y me acerqué a la oficina de Peter para dejarle el informe que me había pedido.

La puerta estaba abierta así que entré directamente. Y los informes se me cayeron al suelo.

Estaba agarrando a su mujer por la cintura mientras la besaba.

Sentí un gran dolor en el pecho, me agaché intentando no hacer ruido, cogí el informe y se lo dejé en la mesa de su secretaria. Salí de la oficina casi corriendo y con las lágrimas cayendo por mis mejillas sin poderlo evitar.

Cogí un taxi y llegué rápidamente a casa, triste y enfurecida. No me había prometido nada el día anterior y yo tampoco esperaba nada pero joder, nos habíamos acostado juntos...

¿Y ahora besaba a su mujer?

Lloré de rabia, sobre todo por sentirme idiota. No sabía qué hacer, ni siquiera qué pensar. Mierda, no sabía ni qué era lo que sentía realmente. ¿Decepción? ¿Enfado? ¿Tristeza?

Llamé a mi hermana y le conté lo que había pasado aun sabiendo cual sería su opinión. Pero en ese momento necesitaba conocer otro punto de vista, que alguien me dijera algunas verdades y me ayudaran a ver las cosas con claridad.

Pero no funcionó. Acabé pasando el día como pude y me dormí temprano.

Maldito fuera mi jefe...

Capítulo 9

No podía continuar. Sentía que había tocado fondo. Pero Óscar estaba allí, aunque tampoco quería que Óscar fuese una terapia contra el dolor que yo sentía al ver como Peter me había utilizado de nuevo.

El viernes recibí unos mensajes de Óscar precisamente. Lo que agradecí recibirlos y aquella invitación a su hotel en plena sierra madrileña. Necesitaba escapar, salir de aquella guarida.

Notaba que mis compañeros sufrían conmigo. Jamás podían imaginar que su nueva compañera de trabajo iba a estar en tal encrucijada. Intentaban animarme continuamente y Manuel, con ese ánimo paternal que lo caracterizaba, quería convencerme de que lo que me estaba sucediendo no era importante, que todos pasamos por malas rachas en nuestra vida y que me concentrara en el trabajo de nuestro departamento.

Manuel tenía razón. Pero era tan difícil pensar que todo pasaría rápido. Estaba herida de muerte. Lo sentía así. Por esa razón, no podía ni debía rechazar la invitación de Óscar. No me vendría nada mal un poco de luz en aquel túnel oscuro en que se había convertido mi vida de nuevo, tras ver la traición de Peter, su nueva traición.

¿Cómo pude ser tan tonta, joder? ¿Cómo pude serlo? Repetía aquellas preguntas una y otra vez en mi cabeza. No había respuesta alguna. Al menos, por ahora. Necesitaba. Eso sí. Necesitaba estar con Óscar. Sentir a otro ser cerca, lo suficiente cerca como para olvidarme de Peter. Era lo que me pedía mi cuerpo en aquel momento de sufrimiento, de profundo sufrimiento.

Y así hice.

Ese fin de semana lo pasé con Óscar. Me recogió del trabajo el viernes y salimos disparados. Yo necesitaba huir. Apenas hablé con él durante el trayecto. No sé si noto algo extraño en mí. Supongo que sí porque no paró de hacer preguntas.

—¿Te encuentras bien, Davinia?

—Sí. Estoy bien — musité sin mirarlo a los ojos.

—No te veo como otras veces. Parece que no te hace ilusión este fin de semana conmigo.

—No digas tonterías, Óscar. Me hace mucha ilusión.

—Entonces, ¿qué sucede?

—Es el trabajo, Óscar. Solo eso — intervine confiando en mi capacidad para mentir.

—Son tiempos jodidos. En estos meses todos quieren acabar proyectos y trabajos, Davinia.

—No te falta razón. Las campañas de verano son angustiosas.

—Lo imagino. Pero tienes un buen equipo, ¿verdad?

—Es un equipo excepcional, Óscar. En El Heraldo no encontré jamás a compañeros como estos.

—Me alegro por ti. Ahora lo que tienes que hacer es relajarte y respirar. Vas a disfrutar mucho en el lugar al que vamos, Davinia — dijo él con ilusión.

—Eso espero. Lo necesito. Además tenía unas ganas locas de verte. Me diste una gran alegría cuando me mandaste los mensajes — volví a mentir, pues mientras hablaba la imagen de Peter besando a su mujer no se me borraba de la cabeza.

—Lo vamos a pasar muy bien.

—De pequeña venía mucho con mis padres por esta zona — dije yo intentando cambiar de tema.

—La sierra de Madrid no es la misma desde hace unos años. Pese a la crisis inmobiliaria, se han construido complejos y lugares de recreo.

—Algo escuché, Óscar.

—Quiero decirte una cosa, Davinia.

—No me asustes — dije yo un tanto intrigada mirando a la carretera, como queriendo ausentarme del mundo.

—Si en cualquier momento quieres contarme algo, puedes confiar plenamente en mí, ¿sabes?

—No sé por qué lo dices —me puse a la defensiva al escuchar aquellas palabras.

—No quiero que te enfades conmigo. No sé por qué, Davinia, noto que me ocultas algo. Tengo esa impresión. Lo siento. A lo mejor estoy equivocado.

—Sí, lo estás — dije enfadada.

—No era mi intención.

—No quiero que fastidiemos este fin de semana, Óscar. Solo te pido eso, por favor.

—Está bien. Te prometo que haré que no olvides este fin de semana en mucho tiempo — dijo poniéndome su mano en una de mis piernas.

En aquel gesto aparentemente espontáneo, sentí una quemazón que nacía en mis piernas y llegaba hasta mi pecho.

Óscar no retiró la mano. Sonreía levemente, chuleándose conmigo al demostrarme que era capaz de conducir casi a ciegas por aquella carretera llena de curvas.

Después de una hora dentro del coche y durante la que Óscar siguió hablando de diversos temas, llegamos a una explanada junto a la carretera.

Una sombra enorme de pinos cubría aquel trecho donde el coche se detuvo repentinamente. Solo puedo decir que el hotel que regentaba Óscar era precioso: pequeños apartamentos de madera, imitando las casas de montaña de algunos países del norte de Europa, aportaban a aquel escenario natural una imagen señorial, sin dejar de mimetizarse con el paisaje.

Sin duda, Óscar me había sorprendido. No podía negar que aquel hombre se estaba esforzando mucho por hacerme creer en que verdaderamente sentía algo por mí y que iba en serio conmigo.

—¿Te gusta, Davinia?

—Me encanta —dije yo asombrada.

—Han sido muchos años de trabajo y de esfuerzo.

—Es un complejo hotelero precioso. Entiendo que quieras darle publicidad. Esto puede ser una mina de oro en poco tiempo —dije yo con tono profesional.

—No. Ya lo es. Pero mi socio y yo queremos expandirnos no solo por más lugares de Madrid, sino también por otros lugares de España. Por esa razón, necesitamos que vuestro periódico nos eche un cable — me susurró al oído.

—El paisaje es embriagador, Óscar.

—Lo sé. A mí me ha tenido enamorado siempre.

—Es como evadirte de la realidad.

—De eso se trata, Davinia. De escapar, de huir —dijo con cierta excitación.

—Es lo que yo necesito. Separarme del mundo.

—¿Por qué? — preguntó intrigado.

—No quiero hablar. No quiero estropear este momento. Por favor, Óscar, quiero que disfrutemos.

—Y lo vamos a hacer, Davinia.

En ese instante me cogió de la cintura y me besó. Fue un largo beso y yo respondí abandonándome y, cuando hice eso, cuando dejé que él me sujetara e hiciera con mi boca lo que quisiera, pude comprobar que se excitaba. Y fue en ese instante cuando no me acordé de Peter.

La sombra de los árboles, la luz amarilla dorando nuestros cuerpos y el aire lleno de aromas a pino y otras fragancias ayudaron a que Óscar fuese el hombre que yo necesitaba de ahora en adelante.

Después de besarnos, él me miró a los ojos y pudo ver mis lágrimas.

—¿Qué te pasa, Davinia?

—Nada. Que soy muy feliz. Solamente puedo decirte eso — en aquel momento yo misma no sabía si mentía o decía la verdad.

—Me alegra escuchar eso. Me alegra mucho.

—Quiero que este momento no desaparezca, Óscar.

—No tiene por qué.

—Quería escuchar eso —dije yo hipnotizada.

Y volvimos a besarnos. Entramos luego en uno de los apartamentos y no nos dijimos nada.

Óscar dejó las maletas en el comedor y yo me dirigí al dormitorio. Él no tardó en llegar. Nos miramos y yo sentí el fuego en sus ojos. Porque ese tipo de reacciones se adivinan enseguida. Yo me desnudé lentamente, pero él no me dejó. Se acercó a mí y entonces, mirándonos fijamente, sí nos dijimos algo.

—No quiero obligarte a hacer algo que no quieres.

—No seas tonto. Lo estoy deseando. Desde que monté en tu coche.

—No puedo creérmelo. Es un sueño para mí, Davinia.

—Lo sé. No hables más. Hazme tuya — ordené con un tono lascivo.

Y entonces no reconocí a Óscar, no reconocí su serenidad seductora. Como una fiera, me arrancó la blusa y me lanzó contra la cama y, salvajemente, se quitó su jersey y sus pantalones, y cerré los ojos para sentir esa fuerza, su torrente, su energía, sus vibraciones, su capacidad para sobrecogerme y hacerme suya.

Estaba claro que quería impresionarme y lo hizo. No hubo besos en la boca, sino que ese fuego de sus ojos se expandió como una llamarada por nuestros cuerpos y nos devoró a los dos rápidamente.

Él no quería parar y a mí no me daba tregua. Pero yo quería que fuera así, que luchara contra mi cuerpo, que escuchara en cada uno de mis gemidos una declaración de intenciones, cada vez más provocadoras, y llegó un momento en que no pudo más y eyaculó sobre mi vientre, y cayó rendido a un lado de la cama.

Aquel fin de semana en el hotel rural estuvo marcado por estos encuentros que los dos

buscábamos como seres desesperados y yo aprendí, mientras me dejaba consumir por el deseo de Óscar, a olvidar a Peter, al Sr. Evans.

Su sombra de traición no podría hacerme más daño y cada vez que Óscar eyaculaba sentía que era otro triunfo ante Peter y su mujer, un triunfo mío.

Sentía también que yo estaba utilizando a Óscar, pero los celos y la necesidad de ganar esa partida me podían.

El domingo por la noche, Óscar me dejó en casa. Nos besamos un rato en el interior de su vehículo y volví a mi dormitorio, a escuchar a Antonio Orozco, a creer en la esperanza.

Capítulo 10

Para ser lunes, me había despertado especialmente contenta. No quería mentirme a mí misma y sabía que mi fin de semana con Óscar no había sido una forma de unirnos definitivamente, sino que había sido en mi caso una forma de vengarme de Peter porque yo seguía muy dolida.

Seguía amando y mucho al Sr. Evans. Tengo que confesar, sin embargo, que no daba todo por perdido con Óscar. Me había hecho sentir mejor y mentiría si digo que no había en mí una ilusión sobre lo que podía ser el inicio de una relación sólida y madura.

Cogí el metro y me fui hacia las oficinas. Cuando llegué, me encontré con la sorpresa de que estaban esperando el ascensor Peter y su mujer. Él me saludó escuetamente y luego agarró a Alexia por la cintura y, cuando entramos al ascensor, empezó a besarla descaradamente, sin ningún tipo de pudor, y a hacerle todo tipo de carantoñas e incluso escuché que le llamaba guapa, el muy cerdo.

—No sabes cuánto te deseo, Alexia.

—Por favor, Peter, hay gente delante.

—No puedo resistirlo. Me da igual. Sabes que no puedo detenerme. Te haría el amor aquí mismo.

—Frénate, Peter — le ordenó Alexia mientras ella me miraba por encima del hombro de su marido.

—Está bien. Pararé, pero porque me lo pides tú — dijo aquel hombre al que no reconocí en ningún momento.

Salí del ascensor con un nudo en la garganta. Estaba más que jodida con aquella escena. Estaba claro que Peter quería darme celos.

Entré a mi despacho y comencé a llorar como una niña chica. Era muy fuerte el dolor que él estaba causando en mí. Mis compañeros vinieron enseguida a arroparme y yo no les conté absolutamente nada.

—¿Por qué lloras, Davinia? — preguntó Manuel desesperado.

—Nada, nada. No sucede nada. Estoy bien. No te preocupes.

—Pero, ¿cómo no vamos a preocuparnos? Entras por la puerta destrozada — dijo Natalia con tono enérgico.

—Debes tranquilizarte y contarnos lo que te ha pasado —añadió Desirée.

—Me niego. Por favor, dejadme.

—Somos una familia, ¿me oyes? No somos solamente tus compañeros de trabajo. Somos tu familia — comentó Natalia cada vez más enfadada.

—La estamos agobiando más. Vamos a dejar que respire —dijo Manuel con serenidad.

—Haremos eso — intervino Desirée trayéndome un vaso de agua para que bebiera.

—No estoy de acuerdo. La estamos mimando mucho — dijo Natalia entre seria y cómica.

—Siento mucho ponerme así. Pero es que a veces es inevitable — dije yo sollozando y sorbiendo del vaso.

—Habla cuando puedas o cuando quieras — terminó Manuel y se fue hacia su mesa.

—Tía, no puedes seguir así. Vienes al trabajo como si aquí alguien te torturara. Tienes que sacar eso que llevas dentro — Natalia seguía convenciéndome para que hablara.

— Déjalo ya. No seas pesada. Ya se le pasará y nos contará qué ha sucedido — dijo Desirée cada vez más enfadada con Naty.

—Está bien. La dejo.

Cuando me tranquilicé, les comencé a contar el fin de semana que había tenido con Óscar y ellos me dijeron que siguiese con él, ya que era el que merecía la pena. Ya no intentaron sonsacarme por qué me había puesto a llorar, de repente. Ellos imaginaban que me había sucedido algo al entrar en las dependencias.

—Yo no me lo pensaba, chica —dijo Desirée.

—Es verdad no se encuentran hombres como ese por ahí, Davinia — añadió Naty.

—No seas tonta. Pasátelo bien y olvida las penas. Sal con Óscar. Mejor. Cástate ya con él — dijo Desirée de nuevo sonriendo.

—Quizás tengáis razón. Quizás lo mejor es que me tome esta relación con Óscar más en serio — murmuré yo mucho más relajada ya.

—Tengo que darle la razón a las chicas, Davinia. Quizá ese hombre te convenga y así podrán desaparecer de tu cabeza todos esos fantasmas que tienes — dijo Manuel mirándome a los ojos.

—He de relajarme primero y luego llamaré a Óscar para agradecerle lo bien que me lo hizo pasar en la montaña —dije yo más alegre, muy animada por las palabras de mis compañeros.

—Eso es — dijo Naty con una sonrisa.

—Ánimo, tía. Tienes un cuerpazo y un carrerón, y un hombre rico que se desvive por ti. No puedes pedirle nada más a la vida — comentó Desirée muerta de envidia, de envidia sana.

Pese a esa forma de auto convencerme de que Óscar podía ser el hombre de mi vida, me puse a trabajar muy triste y no comprendía nada de lo que estaba haciendo Peter, incluso pensé que quizás el problema de todo esto es que fuese bipolar. A lo mejor sufría de alguna enfermedad mental porque no podía encontrar otra razón para tanto cambio de humor y de carácter de un modo tan rápido y tan frecuente.

Un rato después entró en mi despacho el Sr. Evans, porque, para mí, no merecía otro nombre. Al darme cuenta de que era él, no levanté la cabeza. Escuché cómo me decía que le enviase un email a los clientes de Tenerife avisando de que en tres días saldría su primera publicación. Tampoco le contesté y sentí cómo volvía salir de mi despacho.

—Ostras, tía, qué dura has estado. Ni lo has mirado —comentó Desirée.

—Por favor, no quiero hablar del tema —dije yo un poco angustiada por esa situación.

—Ya, pero entiende que, para nosotros, estos encuentros también son muy tensos. Y me da miedo preguntarte qué diablos pasa o ha pasado entre vosotros — intervino Naty con un tono de amargura.

—No quiero verlo. Sencillamente es eso. No me apetece verlo. Es una persona que no me gusta —dije yo sin levantar los ojos del teclado.

—Ya, pero no es normal lo que está sucediendo, Davinia. Ya nos lo contarás con pelos y señales algún día. Confío en ello — apostilló Desirée.

—Todos hemos tenido jefes con los que nos hemos llevado fatal, ¿verdad, Davinia? — intervino Manuel como siempre para ayudarme.

—Aquí llega el salvador de la patria — ironizó Naty.

No quise entrar en sus comentarios. No quería envenenarme más ni quería crear un mal ambiente entre los compañeros. Tenía claro que iba a empezar algo bonito con Óscar que era el que me estaba tratando como merecía. Debía aprender a valorarme más ya que me había dejado Peter la autoestima por los suelos.

Me concentré en Óscar a la vez que trabajaba y la verdad es que me encantaba estar con él. Volví a auto convencerme de que podía ser cierto que Óscar fuese el hombre que yo andaba buscando durante tanto tiempo. Y en la cama no estuvo nada mal. Me hizo vibrar. Era además un tipo inteligente y simpático y, con todo eso, tenía derecho ya a tener un hueco en mi corazón. Tenían razón las chicas, ¿qué le podía pedir yo a la vida? No iba a encontrar a una persona tan íntegra y madura como Óscar.

A las diez, me fui a la cafetería de enfrente a desayunar. Tenía ganas de que me diese el aire y ganas de fumarme un cigarro. Empecé a pensar en todo lo que me había sucedido en los últimos días y la verdad es que era una locura. Había estado con dos hombres, algo que jamás imaginé que sería capaz de hacer.

Lucy alucinaría.

Estaba deseando recibir un mensaje por parte de Óscar ya que sabía que me levantaría mucho los ánimos, pero, por lo visto, ese día se debió de olvidar o algo había sucedido en su trabajo que aún no había recibido en mi móvil ni un saludo ni uno de esos versos cursis a los que él ya me tenía acostumbrada.

Quería que siguiera mandándome un ramo de flores cada día porque eso me hacía sentir la mujer más importante del mundo. Aquel chico era pura atención hacia mí y sobre todo se le notaba que lo hacía con todo el amor y el cariño del mundo. Tenía que darme cuenta de lo bien que me trataba Óscar y reconocer de una vez por todas lo mal que se había comportado y se estaba comportando Peter conmigo.

Un rato después, volví a la oficina. Estaba más contenta. Y mis compañeros se alegraron porque lo vieron en mi rostro.

—Se te ve mejor — dijo Manuel.

—Ha sido Óscar, ¿verdad? — preguntó Natalia con morbo.

—No. No me ha llamado aún. Es muy raro.

—Estará muy ocupado. Ya sabes cómo son estos hombres de negocios — intentó tranquilizarme Desirée.

A los pocos minutos de ponerme a trabajar, apareció el chico de la floristería, pero esta vez me sorprendió al ver que el ramo era de color negro. Eran rosas negras. No sabía qué pensar. Mis compañeros dejaron el ordenador y miraron extrañados. Dentro del ramo había un sobre que abrí de forma precipitada. Me temblaban las manos.

No podía creer lo que estaba leyendo. En ese momento, acababa de derrumbarse por completo toda mi vida.

“Jamás imaginé que me pudiese enterar de una noticia que me iba a romper el corazón. Sabes a lo que me refiero, Davinia.”

Pasaste el jueves en las sábanas de otro hombre, precisamente en las sábanas de tu jefe, cuando antes te habías metido en las mías. No tuviste bastante con esa traición que has pasado el fin de semana conmigo, haciéndome creer que éramos el uno para el otro.

Pensaba que de nuestros encuentros podría salir algo bonito, pero ya he visto que no ha sido así. Solo te deseo una cosa, Davinia, queridísima Davinia:

Que seas muy feliz’.

Continuará...

Agradecimientos.

A nuestros fieles seguidores, millones de gracias por seguir haciendo nuestros sueños realidad.

Norah Carter — Monika Hoff — Patrick Norton.